MANTOS Y CAPAS.

MANTOS Y CAPAS,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DEL

SR. D. JAVIER SANTERO,

MÚSICA DE LOS MAESTROS

CABALLERO Y NIETO.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de APOLO el 16 de Mayo de 1881.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1881.

PERSONAJES.		ACTORES.
MARÍA	SRTS.	SOLER.
DUQUESA		GONZALEZ.
EDUVIGIS		BAEZA.
DON FERNANDO	SRES.	FERRER.
ESQUILACHE		GIMENO.
CORREGIDOR		TORMO.
MARQUÉS		GONZALEZ.
LUIS		MORA.
UN ALCALDE		DURAN.
UN PRETENDIENTE		POVEDANO.

Coro de ambos sexos.

ACTO PRIMERO.

Salon de paso en el Real Palacio. En el momento de alzarse el telon se muda la guardia.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE GUARDIAS.

MUSICA.

Sólo los guardias de Corps,
por su nobleza y por ley,
son los fieles guardadores
de la persona del rey.
Mas fuera del deber,
la guardia dan de honor
al vino y la mujer,
á Baco y al amor.
—No hay doncella ni casada
que se pueda defender,
pues de amor en las batallas
el audaz logra vencer.
Y ¡vive Dios!
que tiene tal encanto
la roja bandolera,

que lleva por doquiera
el triunfo de ella en pos.
¡Viva el licor, viva el placer
¡Viva el amor y la mujer! (Vánse.)
No admitimos distinciones,
y adoramos por igual
á la linda menestrala
y á la dama principal.
Y vive Dios, etc.

ESCENA II.

D. FERNANDO y D. LUIS.

HABLADO.

LUIS. Pero ¿quieres explicarme
de tu conducta el motivo?
FERN. Yo...
LUIS. Sí; desde hace dos meses
te encuentro desconocido.
Tú; el guardia de más donaire,
el jefe de libertinos,
el que en saraos y tabernas,
en el Rastro y el Barquillo,
Vistillas y Curtidores,
Maravillas y Retiro,
ya en aventuras galantes,
ya quebrando un rejoncillo,
ya á mandobles y estocadas
haciendo correr esbirros,
llegó á adquirir tal renombre
de fuerza, valor y brío,
que toreros, menestrales,
majas, duquesas vestiglos,
damas de escena, farsantes
y hasta frailes y cabildo,
ya te adoran como amante
ó te estiman como amigo.
Hoy, ni te se ve en el Prado,

ni por San Felipe has ido,
ni te encuentro por las noches
en tabernas ni garitos;
y de tal modo te hallo
de reservado y arisco,
que hasta creo que te olvidas
que soy, Fernando, tu amigo.

FERN. ¡Oh, no, Luis, eso nunca!...

LUIS. Pero ¿cuál es el motivo
de ese cambio inusitado?

FERN. Si no hay tal cambio.

LUIS. Es preciso
que un estúpido me juzgues
para no haber comprendido...
¿Es que no tienes dinero?
Pues pronto está mi bolsillo;
y si no basta se pide
ó se empeña...

FERN. ¡Pobre chico!

LUIS. Hasta la espada inclusive
puede servir si es preciso,
que no es la primera vez
que los dos hemos tenido
el puño atado á la vaina,
y la hoja...

FERN. Pero ¡por Cristo!
¿puedes juzgar que el dinero
me ponga á mí pensativo?

LUIS. Pues entónces ¿qué sucede?

FERN. Te burlarás si te digo
lo que me pasa.

LUIS. Pero, hombre,
acabarás!...

FERN. Pues bien, chico,
ríete á tambor batiente,
búrlate, te lo autorizo;
pero estoy enamorado.

LUIS. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Tú!...

FERN. Luis, yo mismo.

LUIS. ¡Fernando!

FERN. Y ese es tan sólo
de mi tristeza el motivo.

LUIS. Tú, el galanteador perpétuo
tan buscado como esquivo;
el coco de rodrigones,
de cortejos y maridos,
enamorado!... ¡Imposible!

FERN. Y como un loco.

LUIS. De fijo.
Mas ¿cuánto tiempo y de cuántas?

FERN. No, Luis, yo te suplico
que, pues cediendo á tus ruegos
hoy un secreto confío
á tu amistad, no te burles,
y escucha.—No sé qué ha sido,
pero desde que la ví,
—¡que nunca la hubiera visto!
absorbió de tal manera
todo el pensamiento mio,
que sólo cuando la veo
es, Luis, cuando respiro.

LUIS. Y dí: ¿quién es el portento
que consiguió tal prodigio?
Porque en la córte no sé...

FERN. Eso no puedo decirlo.

LUIS. ¡Vaya, vaya, vete al diablo!
Estás jugando conmigo.

FERN. No, Luis, tú no crees
que hay misteriosos designios
que hacen que hombres y mujeres
—áun por distintos caminos—
vayan á encontrarse á un punto
cual si fueran impelidos
por unas fuerzas ocultas
que les marcan su destino.
Pasan años, mil mujeres
se cruzan en torbellino
ante tu vista; en las unas
satisfaces un capricho,
en otras tu vanidad,
el amor propio ofendido
te hace emprender la conquista
de algun corazon altivo,
y vienen á coincidir

la posesion y el olvido;
y despues de tantas luchas
¿qué queda? Nada, el vacío:
cuando más leve recuerdo,
en la conciencia algun grito;
pero de amor, de pasion,
ni una huella, ni un vestigio.
Sin embargo, llega un dia,
quizá en el momento mismo
en que está tu pensamiento
más lejos de desvarío,
cruza á tu lado una sombra
de mujer, tú no la has visto,
y sin embargo, adivinas
que bajo el manto escondido
va un rostro que te enajena,
y aunque quizá en tu camino
por primera vez se ponga,
hace tiempo que la has visto,
es la mujer de tus sueños,
la imágen...

LUIS. ¡Bah! chico, chico,
yo nunca he visto esas sombras
y lo celebro infinito.

FERN. Tú no puedes comprender...

LUIS. Lo que claro he comprendido
es que estás hecho un orate
y hay que devolverte el juicio.

FERN. ¡Luis!

LUIS. Que estás enamorado
como un loco.

FERN. Tú lo hàs dicho.

LUIS. Pues fácil es el remedio.
¿Que hay de por medio un marido?...
me encargo de entretenerle
el tiempo que sea preciso.
¿Que hay cortejo?... se le pega.
¿Que hay madre?... yo la conquisto.
¿Dueña vieja?... se la compra.
¿Tapia que saltar? .. yo estribo
seré; pero no te quedes
triste y cariacontecido;

que en vez de guardia de Corps
me pareces un doctrino.

FERN. Tienes razon, lo comprendo,
y yo mismo no me explico
el por qué de esta inquietud
tan incesante en que vivo.
Pero tiene un no sé qué
su rostro, en que están reunidos
el pudor y la pasion,
severo y provocativo;
mezcla de Vénus y vírgen,
incomprensible dualismo
que te atrae y te detiene,
que produce á un tiempo mismo
el incentivo deseo
de estrecharla con delirio
y de prosternarte absorto
para adorar sus hechizos.

LUIS. Pero y bien, despues de todo,
que la quieres: concedido:
pues date un buen atracon
de amor, y verás de fijo
cómo te se va pasando
el amor de puro ahito.

FERN. Hay tal misterio en su vida...

LUIS. ¿Misterios?... me escamo, chico!

FERN. Apenas hablarla puedo...
Se incomoda si la miro
en la córte ó en la iglesia;
me riñe cuando la sigo
en la calle... y de tal modo
ha embargado mi albedrío...
que soy en un todo un esclavo
del menor de sus caprichos.

LUIS. Vamos, loco rematado.

FERN. Bueno, loco: concedido,
pero vete y déjame.

LUIS. ¡Fernando!

FERN. Te lo suplico.

LUIS. Acaso...

FERN. No me preguntes
y vete.

LUIS. Por san Calisto,
que no he visto una pasion...
FERN. ¿No te irás?
LUIS. Voy... ¡pobrecillo! (Váse.)

ESCENA III.

FERNANDO, luégo MARÍA

MUSICA.

FERNANDO. ¿Qué importa que por loco
me tengan sin razon,
si en tanto yo poseo
su amante corazon?
Ya tarda... Mas ¡oh dicha!
por ese corredor
sus leves pasos siento
cual música de amor.
(Sale María.)
—Bien haya mi fortuna!
MARIA. Fernando, por Dios!...
FERNANDO. ¿Teneis miedo de verme!...
MARIA. Miedo de veros... no;
mas si álguien nos acecha...
FERNANDO. Envidia me tendrá.
MARIA. ¡Qué graves sinsabores
me puede á mí costar!
FERNANDO. Dos minutos solamente
concededme por favor.
MARIA. ¿Dos minutos? concedido:
mas que sean sólo dos.
FERNANDO. Que os adoro con loca pasion
desde el dia dichoso que os ví,
que sois reina de mi corazon,
que mi alma y mi vida
enteras os dí.
Eso bien lo sabeis como yo,
que mis ojos no pueden mentir;
y sabeis que sin ver á los vuestros

ni saben mirar, ni pueden vivir.

MARIA. ¿Á cuántas habeis dicho
lo mismo que decís?

FERNANDO. Á vos sola he rendido
mi amante frenesí.
Sí.

MARIA. Pruebas necesito.

FERNANDO. Mandadme, exigid,
que esclavo obediente
hallareis en mí.

MARIA. Para que yo le entregue
todo mi amor á un hombre,
es fuerza que renuncie
á fiestas y salones,
que sólo á mí me quiera,
y siempre á mí sumiso
acate y obedezca
humilde mis caprichos.
—Si mi esclavo quereis ser así,
obediente y humilde á mi voz,
con el tiempo y con pruebas tal vez
consigais algun dia mi amor.

FERNANDO. Cien vidas arriesgara
por vuestro amor lograr;
yo os juro desde ahora
á todo renunciar.
Á vuestro amor purísimo
consagro el porvenir;
vuestro menor capricho
será ley para mí:
vuestro esclavo yo humilde seré:
nada quiero en el mundo sin vos,
que no existe placer para mí
cual lograr de ese pecho el amor.

HABLADO.

FERN. Esclavo á vuestros favores
es más premio que condena,
que no pesa una cadena
si la cadena es de flores.

MARIA. Mucho me habeis de probar.
FERN. No hay imposibles amando.
MARIA. Teneis tal fama, Fernando,
de fácil en olvidar...
FERN. Fama injusta que adquirí
por pendencias y locuras
y unas cuantas aventuras
que como jóven corrí.
Lances en que he figurado
y de los que el héroe he sido,
porque yo el riesgo he corrido
y otro el provecho ha sacado.
Si sólo busqué placeres,
es porque el alma soñaba
un ángel, y no encontraba
ángeles, sino mujeres.
No es culpa mia, por Dios,
si amante seguí sus huellas
y no hallé entre todas ellas
ángel y mujer cual vos.
MARIA. Ya veo que sois maestro
y me asusta la pelea
FERN. Pues cuanto mayor lo sea
mayor es el triunfo vuestro.
MARIA. Son tan malos los resabios
que no creo que podais...
FERN. Si con los ojos negais
lo que dicen vuestros labios;
¿por qué me fingís enojos
y no me volveis la calma?
si sabeis que os dí mi alma,
y que esos divinos ojos
con su pupila encendida
me enloquecen y arrebatan
y ya no sé si me matan
ó si me dan nueva vida...
pues para mi pecho yerto
habeis sido la palmera
que presagia la pradera
como final del desierto.
MARIA. Si de tal modo me amais...
FERN. Os lo juro por mi fé,

y tan claro os lo probé
que no sé por qué dudais.

MARIA. Pudiera estar engañada.

FERN. Del sol sólo duda un ciego.

MARIA. Hay quien piensa ver y luégo
resulta que no ve nada.

FERN. Pero en fin ¿me amais?

MARIA. Quizás.

FERN. Vuestras burlas me asesinan.

MARIA. Ciertas cosas se adivinan:
no se preguntan jamás.

FERN. ¡Oh, mi bien!...
(Intenta cogerla la mano.)

MARIA. ¡Por Dios, Fernando!...

FERN. Mi vida!...

MARIA. Si álguien nos viera!...

FERN. El mundo entero quisiera
que me estuviese mirando.

MARIA. Mas...

FERN. ¡Tu amor mi dicha labra!

MARIA. ¡Por Dios!...

FERN. No me he de marchar.

MARIA. Pronto empezais á faltar,
Fernando, á vuestra palabra.

FERN. ¡Cruel!

MARIA. Ya en otra ocasion
al hablarme cierto dia,
os dije que no podía
mandar en mi corazon:
y que un sagrado deber
me tenía á mí prohibido
lo que siempre es permitido
á cualquiera otra mujer.
Si vuestro amor es sincero,
si ese cariño es verdad,
mi secreto respetad
obrando cual caballero.

FERN. Juro que no trataré...

MARIA. Mientras que yo no os dé aviso,
que no intenteis es preciso
ni aún el verme.

FERN. No os veré.

MARIA. Pues bien, marchaos ahora.
FERN. Oh!
MARIA. Lo mando!
FERN. Ya me voy.
MARIA. De su alteza dama soy
y es de la guardia la hora.
FERN. Me marcho de mala gana.
Y decid: ¿cómo sabré?...
MARIA. ¿Cómo?... yo os escribiré...
FERN. ¿Cuándo?
MARIA. Mañana.
FERN. (Con alegría.) Mañana?...
sin veros...
MARIA. (Impaciente.) Pero ¿no os vais?
FERN. Siglos los minutos son!
MARIA. Os llevais mi corazon.
Ved cómo me le tratais.
(Vánse cada uno por su lado.)

ESCENA IV.

DUQUESA sale, mira por todas partes y se dirige á una de las puertas laterales, MARQUÉS.

DUQ. Marqués, ya podeis salir
sin temor que puedan veros.
MARQ. Es preciso gran prudencia
ya que tan cerca tenemos
el triunfo...
DUQ. Vos confiais...
MARQ. Estoy bien seguro de ello.
DUQ. ¡Dios lo quiera!
MARQ. Sí, Duquesa;
no es el español un pueblo
que sufra ser gobernado
por ministros extranjeros.
DUQ. Y Esquilache, porque fía
en el amor y respeto
que á sus vasallos infunde
nuestro rey Cárlos tercero,
abusa de su privanza

y á nadie tiene respeto.
Mas si hasta hoy se han tolerado
sus onerosos impuestos,
las insultantes reformas
con que pretende imponernos
costumbres de su país
que no se avienen al nuestro...

MARQ. Quizás hoy de su privanza
el fin próximo tenemos.

DUQ. Sin embargo, no confío;
es tan paciente este pueblo...

MARQ. Es verdad; mas por lo mismo
hay que tenerle contento.
Cuanto más el pueblo calla,
cuanto más sufre en silencio
y soporta la insultante
soberbia de un tiranuelo,
más implacable es el dia
que agota sus sufrimientos,
y por fortuna, Duquesa,
ese dia no está lejos.
Esa aparente apatía
en que sumido le vemos,
es la calma que precede
al estampido del trueno.

DUQ. Marqués; ¿y si por desdicha
en la partida perdemos?

MARQ. Entónces... Mas no es posible!

DUQ. Es verdad. El desconcierto
cunde ya en todas las clases
y en toda España.—El ejército
no puede ver impasible
las gracias y privilegios
que á *Suizos* y *Walonas*
da Esquilache: el mismo clero
de murmurar no se oculta;
la nobleza el descontento
demuestra bien á las claras,
porque cercena al consejo
de Castilla autoridad,
importancia y privilegios.
Protestan de los faroles

las hermandades y gremios
y no hay noche que no den
palizas á los serenos.

MARQ. ¡Oh, no lo dudeis; está
tan preparado el terreno,
que sólo falta una chispa
para que brote el incendio.
Mas la ocasion...

DUQ. La ocasion
nos la da en ese decreto:
que corte mantos y capas:
que mande apuntar sombreros...
y no habrá ni una manola,
ni hermano de Pan y Huevo,
ni estudiante de la Tuna,
ni menestral ni chispero...
que no se deje matar
por su manto ó su chambergo.

MARQ. Es verdad.—Pero nos falta
un hombre audaz y sereno
que en el momento oportuno
le prenda á la mina fuego.

DUQ. Pues bien, lo uno y el otro
esta tarde lo tendremos.
Ahora hablaré á la princesa
para que haciendo un esfuerzo
haga que su majestad
refrende hoy mismo el decreto:
y en cuanto al hombre...

MARQ. Prudencia.

DUQ. No, Marqués, no tengais miedo:
tengo en mi mano la clave
de un misterioso suceso
que me hará dueña del hombre
que ha de ser fiel instrumento
de nuestros planes.

MARQ. Confío
en vos: mas ¿cómo sabremos
si el rey firmó?...

DUQ. Facilmente.
Sabeis, pues no es un secreto,
que el Corregidor me asedia

con su amor, y aunque es un necio,
es el brazo de Esquilache.

MARQ. Condicion de hombre soberbio
es, porque no le hagan sombra,
cercarse de majaderos...

DUQ. Aquí viene. Más á punto!...

MARQ. Pues discrecion y...

DUQ. Silencio.

ESCENA V.

DICHOS, el CORREGIDOR.

MÚSICA.

CORREG. ¡Duquesa!...

DUQ. ¡Mi buen conde!

CORREG. ¡Oh qué feliz encuentro!
Marqués!...

MARQ. Señor alcalde!...

CORREG. Con buen pié en palacio entro.

DUQ. ¿Qué se dice por la córte?
¿Qué se miente por ahí?

CORREG. Que desuellan á Esquilache
y echan pestes contra mí.

LOS DOS. ¿Contra vos?

CORREG. Contra mí!

LOS DOS. ¡Qué injusticia!

CORREG. Justamente.

LOS DOS. Son envidias.

CORREG. Claro está.
¿Dónde habrá corregidor
que cual yo corrija más?

LOS DOS. Cá! cá!... Es verdad.

CORREG. Yo he puesto los faroles
que alumbran á Madrid
las noches que no hay luna
de Octubre á fin de Abril.

—

Y lleva á mal
la poblacion

medida tal
de ilustracion,
y revoltosos
van aquí y allá
los envidiosos
de mi autoridad.

—

Yo voy componiendo
los que encuentro rotos,
y ellos van rompiendo
los que yo compongo.

—

Es un tragin
de Lucifer,
y ya me voy cansando
de componer.

LOS DOS. Siguiendo así
os alzará una estátua
el pueblo de Madrid.

CORREG. Gracias que á mí
me adora con delirio
el pueblo de Madrid.

HABLADO.

DUQ. Sin lisonja ni favor:
desde que Madrid es córte
no tuvo de vuestro porte
alcalde corregidor.

CORREG. Duquesa, yo no merezco...

DUQ. ¡Qué actividad! ¡qué pericia!...

CORREG. Aunque sé me haceis justicia,
yo la justicia agradezco.
Tal honor llegué á alcanzar,
—lo que en Espsña es muy raro,—
sin dar un paso.

MARQ. (Está claro,
arrastrarse no es andar.)

CORREG. Y aunque algun murmurador
en mis principios no crea,

yo siempre tuve una idea:
la de ser *corregidor*.

DUQ. Mil años tal puesto goce.

CORREG. Y está claro—¡ya se ve!—
yo debo servir al que
mi mérito reconoce.
Del ministro soy amigo
y le aconsejo; pero es
el caso que obra al revés
siempre de lo que le digo.

DUQ. Teniendo unos consejeros
como vos, claro, Esquilache...

CORREG. Quizá esta tarde despache
el bando de los sombreros.
El rey se muestra reacio,
mas al fin accederá.

MARQ. ¿Vos creeis?...

CORREG. Pues claro está;
siempre encerrado en palacio
no llegan á sus oidos
esas historias y cuentos
que inventan los descontentos
sólo porque están caidos.
De parciales rodeado
nada hay que Esquilache tema.

MARQ. Confieso que es gran sistema.

CORREG. Pues yo se lo he aconsejado.

MARQ. Mas el pueblo...

CORREG. ¿Qué ha de hacer?...

MARQ. No temeis que al fin responda?

CORREG. Si salgo yo con mi ronda...

DUQ. (No pararán de correr.)

CORREG. Ademas, que prevenidos
todos los casos tenemos.
Esta noche mandaremos
á dos hombres decididos
para que á marchas forzadas
y sin perder los momentos,
vengan cuatro regimientos
de las fuerzas destacadas
en Leganés y Alcalá.

DUQ. (Ya lo oís.) (Al Marqués.)

MARQ. (Á la Duquesa.) (Yo impediré
que lleguen.)
CORREG. Duquesa, ¿qué
decís?
DUQ. Que el asunto está
como por vos preparado.
CORREG. Todo, todo lo he previsto.
¡Si no hay quien me gane á listo!...
MARQ. Ni á modesto.
DUQ. Ni á callado.
CORREG. Pero, Duquesa, por Dios,
que no digais de esto nada.
DUQ. Descuidad, soy reservada:
casi tanto como vos.
MARQ. Recibid mi parabien, (Con afectacion.)
y espero de su influencia
predisponga á su excelencia
en favor mio.
CORREG. Está bien.
(¡Cuánto mi influencia pesa!)
DUQ. (Al Marqués.) (Impedir es necesario....)
MARQ. (Descuidad, ni un emisario
llegará vivo.) Duquesa. (Saluda y se va.)

ESCENA VI.

DUQUESA, CORREGIDOR.

CORREG. Este hombre es un infeliz!
DUQ. Verdad.
CORREG. Un pobre bellaco.
DUQ. Veo conoceis su flaco.
CORREG. ¡Si tengo yo una nariz!...
Infatuado con sus nombres
no llegará á hacer carrera.
DUQ. Creeis...
CORREG. No es de la madera
que salen los grandes hombres.
No escapa á mi perspicacia
nadie.
DUQ. Ya lo he conocido.

CORREG. No lo dudeis, yo he nacido
para la alta diplomacia:
y aunque decirlo me empache...
DUQ. Pues si sois lo más modesto...
CORREG. Yo tan solamente el puesto
puedo heredar de Esquilache.
Mas hoy tan sólo codicio
el conseguir una cosa.
DUQ. ¿Y cuál?
CORREG. Rendir á una hermosa
que me tiene vuelto el juicio.
DUQ. ¿Á vos el juicio?
CORREG. Es tan bella...
DUQ. ¿Sí?
CORREG. Cual la vuestra es su cara.
DUQ. ¿Y amais?
CORREG. Tan sólo á mi vara
de corregidor y á ella.
DUQ. Ya veo que sois galante.
CORREG. Es tal mi amor...
DUQ. Bien lo infiero.
CORREG. No sabeis lo que la quiero!
DUQ. Pero la vara delante.
CORREG. Esa es mi debilidad.
La miro cual cosa mía,
y hasta creo dormiría
con ella.
DUQ. ¡Qué atrocidad!
CORREG. Duquesa!...
DUQ. ¿Qué?
CORREG. No os burleis.
DUQ. ¿Burlarme... ¡qué desatino!
de un político tan fino?...
CORREG. Mas... ¿ni compasion tendreis
de mí?...
DUQ. La cosa es bien clara.
CORREG. ¿Ni esperanza tener debo?
DUQ. Francamente, no me atrevo
á competir con la vara.
CORREG. Pues de ello no me desdigo:
y está bien claro á mi ver:
yo con ella soy poder,

vos sois el poder conmigo.
DUQ. La disculpa bien merece
mis gracias.
CORREG. (Rendida está!)
DUQ. (Pues señor, si no será
tan tonto como parece!)
CORREG. Es decir, que esperar puedo...
DUQ. Tal vez... yo no soy de roca.
CORREG. (Nada, lo dicho: está loca.)
DUQ. Mas si mi amor os concedo...
(Salen una Criada y un Ujier por el foro izquierda.)
UJIER. Al señor corregidor
que su excelencia le espera.
CORREG. Voy.
CRIADA. Señora camarera,
que están las damas de honor.
DUQ. Adios, y os quedo obligada.
CORREG. Y yo á vuestro amor rendido.
(Pues señor, me he convencido:
no se me resiste nada.)
(Váse. Carcajada prolongada de la Duquesa al desaparecer el Corregidor.)

ESCENA VII.

LA DUQUESA, luégo FERNANDO.

DUQ. (Que sean los hombres tales!...)
(Á la Criada.) Decidlas que voy al punto.
Es verdad que en este asunto
todos, todos son iguales.
Pobre conde! Irá pensando
que yo por su amor me muero,
y no sabe que le quiero
para alcanzar á Fernando.
—Él. (Fernando entra.)
FERN. Señora... (Saluda y va á retirarse.)
DUQ. Guárdeos Dios.
¿Os enoja mi presencia?
FERN. Jamás enojos produce
la elegancia y la belleza.

DUQ. No en balde de ser galante
fama teneis por doquiera.

FERN. Si ser galante es decir
la verdad, tal vez lo sea.

DUQ. Son tantas las aventuras
que de vos, Fernando, cuentan,
que es temible el escucharos
sin peligro de...

FERN. Duquesa,
á la alta cima que dora
del sol la rubia guedeja,
sólo el águila se atreve
á alzar su vuelo altanera.

DUQ. Humilde os veo.

FERN. No hay
quien ante Dios no lo sea.

DUQ. Ni estoy tan alta...

FERN. En el cielo!

DUQ. Ni yo soy diosa.

FERN. En belleza!

DUQ. Lisonjero estais!

FERN. No á fé.

DUQ. ¿Cómo quereis que yo crea
que tal me halleis? ..

FERN. Ciertas cosas
no necesitan de pruebas...
pues están tan á la vista
que basta sólo con verlas.

DUQ. ¿Y no pensais que haya algunas
que áun viéndolas no se crean?
(Con intencion.)

FERN. Sí habrá; pero no comprendo...

DUQ. En la vida aventurera
que llevasteis, no habeis visto
que el galan de más destreza
viene á poner su cariño
en quien ménos le merezca!...

FERN. Casi siempre así sucede.

DUQ. Pues quizá á vos os suceda.

FERN. Á mí!

DUQ. Sí.—No lo extrañeis.
Mi puesto de camarera

me hace sorprender secretos
que los demas ni sospechan.

FERN. No entiendo...

DUQ. Yo sé que amais
con un amor de novela,
segun parece, á una hermosa
camarista de su alteza.

FERN. ¿Qué!... sabeis?... (Con afan.)

DUQ. Quizá algo más
de lo que á vos os parezca.

FERN. Pues bien, sí, ¿por qué negarlo?
la amo con el alma entera!

DUQ. (Pues yo mataré ese amor!)

FERN. Pero es preciso, Duquesa,
que me expliqueis sin demora
qué quieren decir aquellas
frases que habeis pronunciado.

DUQ. ¿Cuáles?

FERN. *Que quizá suceda*
que haya yo puesto mi amor
en quien ménos lo merezca.

DUQ. Lo dije?...

FERN. Sí.

DUQ. No recuerdo...

FERN. Hace un momento.

DUQ. ¿De veras?

FERN. Que no os burleis os suplico,
porque la broma es muy seria.

DUQ. Dios me libre de sembrar
cizaña en la mies ajena.

FERN. Pues yo os juro por mi nombre,
sin que nada me detenga,
que no salís de esta sala
sin aclarar mis sospechas.

DUQ. Fernando!

FERN. Todo es en vano!

DUQ. Llamaré á un ujier!

FERN. Que venga!

DUQ. Un escándalo en palacio!...

FERN. Me he jugado la cabeza
tantas veces, que una más
no suma nada en mi cuenta.

DUQ. ¿Y el respeto de una dama?...
FERN. Si esa dama no respeta
el limpio honor de otra dama,
no extrañe no se lo tengan
á ella tampoco.
DUQ. Pues bien;
¿y si probaros pudiera
esta noche que María
no es digna de vos?...
FERN. Duquesa!
DUQ. Y hay quien más afortunado
goza... lo que otros desean,
¿qué haríais?
FERN. Oh! La mataba!
DUQ. Esas cosas se desprecian.
FERN. Pero es que yo necesito
tener la prueba, la prueba!
DUQ. Pues bien, la tendreis hoy mismo.
FERN. Hoy mismo?
DUQ. Así que oscurezca;
en cuanto dé la campana
del reloj las siete y media,
aquí os espero.
FERN. En vos fío.
DUQ. Os lo juro!
FERN. Que yo adquiera
la seguridad, y entónces...
DUQ. Entónces á mí me llega
la vez.
FERN. ¿Á vos?
DUQ. Sí, Fernando;
si he de quitaros la venda,
de vos exijo un servicio
para una elevada empresa...
FERN. Podeis contar para todo.
DUQ. La comision es expuesta!...
FERN. Jamás supe qué era miedo.
DUQ. Que tal vez os comprometa.
FERN. ¿He dicho que sí?... pues basta!
Nunca falto á mis promesas!
DUQ. Pues hasta luégo.
FERN. Hasta luégo.

En punto.

DUQ. Á las siete y media.

(Vánse cada uno por su lado.)

ESCENA VIII.

CORO DE PRETENDIENTES. Despues ESQUILACHE y el CORREGIDOR, por el foro izquierda.

MUSICA.

CORO. Ya son las cuatro, no ha de tardar
con el monarca de despachar.
Aquí venimos todos los dias
á ver si á fuerza de cortesías
mis pretensiones quiere atender
ese ministro de Lucifer.
Pero siempre nos dice:
«Ya le tengo presente.»
Y la verdad del caso
es que no miente.
Todo en zapatos nos lo gastamos,
y con el hambre nos clareamos
sin que un mal hueso
nos de á roer
ese ministro de Lucifer,
y diciendo muy fino:
«Ya le tengo presente»
se comerán los codos
los pretendientes
(Aparecen Esquilache, el Corregidor y Ujieres.)
Ya viene su excelencia.
Dejadme.—No señor.
(Tratan de disputarse el puesto.)
Estaba yo primero.
—Primero estaba yo.
(Salen Esquilache y Corregidor.)
Hoy tiene buena cara.
Parece alegre estár.
Señor ¿en qué bolsillo

vendrá mi credencial?
(Reverencias exageradas.)
—Señor excelentísimo,
venimos á implorar
justicia solamente
que aquí se nos hará.

ESQUILACHE. Justicia solamente
alcanzareis aquí.

CORREGIDOR. Justicia solamente:
si no miradme á mí.

CORO. Todos grandes servicio
hemos prestado,
y estamos por envidias
muy postergados.
Ahí va, señor,
ahí va, señor,
de mis merecimientos
la relacion.

ESQUILACHE. Todos grandes servicios
tienen prestados:
todos, todos desean
ser empleados.
Pero señor,
¿cómo va á mantenerlos
esta nacion?
Vayan por órden:
muy bien: marchad.
Ya hará justicia
su majestad.

CORO. Un ministro más amable
ni más recto ni justo que vos,
en la vida lo tuvimos
por nuestra desgracia en esta nacion.
Que Dios le dé
dicha caval,
si al fin veré
mi credencial.
(Se retiran saludando.)

ESCENA IX.

ESQUILACHE, CORREGIDOR.

HABLADO.

ESQ. Pero, señor, francamente:
¿dónde vamos á parar
si quieren ser empleados
media España?
CORREG. Mucho más!
(Entra un pretendiente.)
PRET. Señor!...
ESQ. ¿Eh? ¿Qué deseábais?
PRET. Únicamente entregar
á vuecencia...
ESQ. Sí, ya tengo...
PRET. Sí señor, con este van
siete, pues como vuecencia
varias casacas tendrá,
deseo que en cada una
encuentre mi memorial.
ESQ. Está bien.
PRET. Que Dios le guarde! (Váse.)
ESQ. Y á vos: se os atenderá!
Vaya, no está mal pensado.
CORREG. En efecto, no está mal.
ESQ. Si el ingenio que en España
se derrocha en estudiar
el modo de no hacer nada
se emplease en trabajar,
en todo el mundo no habría
nacion que valiese más.
CORREG. Tenemos los españoles
todos, un ingenio tal...
ESQ. No todos, que hay excepciones.
CORREG. ¿En dónde no las habrá?
ESQ. Yo conozco algunos tontos. (Con intencion.)
CORREG. Tontos... Tambien es verdad.
ESQ. Pero aunque de mí murmuren,
yo lograré hacer entrar

á esta nacion en vereda.
CORREG. Pues es claro que entrará!
ESQ. Y he de ponerla al nivel
de la culta sociedad.
CORREG. ¿Y al fin se firmó el decreto?
ESQ. Mañana lo anunciarán
los pregoneros.
CORREG. Me temo...
ESQ. El qué?
CORREG. Que van á llevar
más palos los pregoneros
que ellos den en el timbal.
ESQ. ¡Ay del pueblo si no acata
de su rey la voluntad!
CORREG. Si acatará, sí señor:
pero sin paliza ¡cá!
conozco á los madrileños
y á mis algualciles más.
ESQ. No ha de quedar un sombrero
mañana sin apuntar,
ni capa que no se corte
ni manto que...
CORREG. Bien está.
ESQ. Masones y jesuitas
conspirando á un tiempo están,
y manto, capa y sombrero
sirviéndoles de antifaz,
impiden que á sus agentes
pueda mi brazo alcanzar,
y con tal medio sabré
quiénes son y á dónde van,
que el que bien obra, no tiene
por qué ocultarse la faz.
CORREG. Sí, pero el pueblo murmura
y se oye cada cantar...
ESQ. ¿El pueblo canta?... Oh! entónces
de fijo obedecerá.
CORREG. Cantan uno sobre todo
que si le oigo ¡voto va!...
Uno en que dicen: «El asno
del Correggidor...»
ESQ. Já! já!

CORREG. ¿Os reis?...
ESQ. Sí.
CORREG. Pues en otro
os llaman Judás, Caifás...
ESQ. ¿Eso dicen?...
CORREG. Y otras cosas...
ESQ. Pues bien, dejadles cantar...
cuando calla es lo temible.
CORREG. Está muy bien, lo será;
pero á mí me carga mucho,
no lo puedo remediar.
ESQ. ¿Y qué más dicen?
CORREG. Murmuran
porque se ha subido el pan,
y á vos es echan la culpa.
ESQ. Pues qué ¿puedo yo evitar
que la cosecha se pierda?
CORREG. Y por ahí cuentan...
ESQ. Aún más?
CORREG. Que andais en galanteos
impropios de vuestra edad...
ESQ. Eh?
CORREG. Con una camarista
de su alteza.
ESQ. Voto va!...
Si de mí como ministro
dejo á todo el mundo hablar,
por Dios vivo, que al que sepa
que con tales cuentos va,
por las calles y plazuelas,
he de mandarle emplumar!
CORREG. Yo sólo he dicho...
ESQ. Corriente:
no se hable de esto ya más.
CORREG. (Ahí le duele')
ESQ. ¡Habeis mandado
los emisarios?...
CORREG. Ya irán
por esos mundos de Dios...
ESQ. Pues bien, os podeis marchar,
y si el decreto se cumple,
la recompensa será

la gran cruz que há tanto tiempo
deseais.

CORREG. Tanta bondad!..

ESQ. Energía y diplomacia.

CORREG. Ni una ni otra faltará.

ESQ. (Es preciso atarle corto!)

CORREG. (Pero, señor, á su edad!...)
(Váse.)

ESCENA X.

ESQUILACHE.

Es un necio adulador:
y sin embargo, es tal
condicion y tan extraña
la humana debilidad,
que aun sabiendo que me adula,
me gusta verme adular.
Mucho seduce el poder,
mucho embriaga el mandar,
mas tan sembrado el camino
de odios y espinas está,
que hace á veces que vacile
la más firme voluntad;
y es que el mundo no perdona
á aquel que hácia arriba vá
y hace que purgue en sus iras
el crímen de valer más.
Pero aunque el cuerpo esté viejo
el alma jóven está,
y el reto una vez lanzado
por nada me vuelvo atrás.
(Mirando hácia la puerta de la escalera.)
María, mi único amor,
sólo á tu lado solaz
encuentra el alma, rendida
de este incesante luchar.
Voy á buscar en tus brazos
un solo instante de paz.
(Váse. Preludio de orquesta. Dan las siete y media y aparecen la Duquesa y Fernando.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA, FERNANDO.

MÚSICA.

FERNANDO. Duquesa!
DUQUESA. ¡Fernando!
No os podeis quejar.
FERNANDO. ¿De qué?
DUQUESA. De mi falta
de puntualidad.
FERNANDO. ¿Dónde está la prueba?
DUQUESA. Pronto la tendreis.
FERNANDO. Á un tiempo deseo
dudar y creer.
Si su infamia y su perfidia
llego al fin á descubrir,
juro á Dios que mi venganza
deja memoria en Madrid.
DUQUESA. (Si su infamia y su perfidia
llega al fin á descubrir,
á mi amor y mi ambicion
su furor le hará servir.)
Desde esta ventana
la puerta se ve
del cuarto que habita
María.
FERNANDO. Lo sé.
DUQUESA. Mirad... (*Conduciéndole á la ventana.*)
FERNANDO. Veo un hombre.
Ella! Maldicion!
DUQUESA. ¿Y el hombre?
FERNANDO. Esquilache!
Qué infame traicion!
—Ya la duda no puedo tener:
por mis ojos yo mismo lo ví:
mas el uno y el otro ¡por Cristo!
yo les juro se acuerdan de mí!
DUQUESA. (Ya la duda no puede tener:
por sus ojos él mismo lo vió,

y el furor que su cara retrata
explotar en mí bien sabré yo!)

FERNANDO. Yo los mato!

DUQUESA. Loco estais.

FERNANDO. Sí; soltadme!

DUQUESA. No, por Dios!
Cuanto más oculta está
es la venganza mejor.
Mañana, os lo prometo,
vengado quedareis,
si á todo cuánto os diga
quereis obedecer.

FERNANDO. En contra de ese hombre
resuelto á todo estoy.

DUQUESA. Que quedareis, os juro,
vengado de los dos.

FERNANDO. Ya la duda no puedo tener, etc.

DUQUESA. (Ya la duda no puede tener, etc.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio de una posada de caballeros, con gran puerta en el centro: un carro harinero á un lado.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE HOMBRES y MUJERES con mantos y capas.

MUSICA.

MUJERES. ¿Qué ocurre, qué pasa?
Contadnos, decid.
¿Por qué los pregones
recorren Madrid?
HOMBRES. Que Esquilrche no quiere tapados,
que nos quiere las caras mirar
y los mantos y capas nos corta
por dar á los sastres algo que ganar.
Que los alguaciles del Corregidor
van cortando capas á más y mejor,
pero si la mia llegan á tocar
á ellos las costuras les voy á sentar.
MUJERES. Si Esquilache no quiere tapadas,
si las caras nos quiere mirar,
es posible que á Italia le echemos
las mozas de rumbo á ese carcamal.

Si los alguaciles del Corregidor
van cortando mantos á más y mejor,
como alguno al mio le llegue á tocar,
con estas los ojos le voy á sacar.

(Ademan de arañar. Pasa el pregon con toda solemnidad por delante de la puerta de la posada.)

TODOS. El pregon viene,
vamos allá.
¿Quién será el último
que tocará?
Já! já! já! já!

(Terminado de pasar el pregon, avanza el Coro, marcando bien el manejo de la capa.)

HOMBRES. Con la capa hasta la boca
y el sombrero á la nariz,
á pesar de los pregones
vamos por todo Madrid,
que á la reja de mi moza
embozado he de llegar
para que si está despierta
no me guipe su mamá.
Já! já! já! já!
Porque á mi manola
le gusto yo así,
y á pesar que lo manda Esquilache
la capa española nunca ha de morir.

MUJERES. (Manejando bien el manto.)
Con el manto por la frente
y puesta la mano así,
á pesar de los pregones
vamos por todo Madrid.
Porque mi majo desea
sólo mi cara mirar,
pero no quiere el muy tuno
que me miren los demas.
Já! já! já! já!
Porque á mi manolo le gusto yo así,
y á pesar que lo manda Esquilache
el manto en España nunca ha de morir.
(Vánse.)

ESCENA II.

GUARDIAS DE CORPS saliendo del cuarto de Fernando. FERNANDO y LUIS.

HABLADO.

LUIS. Bravo, chico, así te quiero!
GUARD. Bien venido el desertor!
FERN. Yo os prometo que de hoy más
seré siempre lo que soy.
(Señales de aprobacion.)
Y preparaos, que pronto
vamos á tener funcion.
GUARD. ¿Habrá palos?
FERN. Y de largo!
No va á quedar un farol
esta noche, que no sepa
que ando por el mundo yo,
ni galancete de reja
que no le cueste su amor
un buen palo en las costillas
por cada Guardia de Corps.
GUARD. Bien: soberbio!
FERN. Camaradas,
al toque de la oracion
capa larga, espada al cinto,
y palos al por mayor.
GUARD. Eso, eso! Siempre el mismo!
FERN. Siempre!
GUARD. Hasta despues.
FERN. Adios.
(Vánse los Guardias.)

ESCENA III.

FERNANDO, LUIS.

LUIS. Pero dime. ¿qué ha pasado?
FERN. Que tenías tú razon;
que no hay mujer en el mundo

que merezca ¡vive Dios!
que un hombre que en tal se tenga
pene y sufra por su amor!
Que he decidido que sean
ellas quien amen, no yo;
que en el amor y la guerra
pienso cual buen español;
que para tomar la plaza
ha sido siempre mejor
que esperar á que se rinda,
sorprender la guarnicion:
y, en fin, chico, que si quieres
no verme de mal humor,
puedes, Luis, desde ahora
cambiar de conversacion.

LUIS. Hago punto y á otra cosa.

FERN. Á otra cosa: es lo mejor.

LUIS. ¿Estás decidido á armarla
esta noche?

FERN. ¿Por qué no?

LUIS. ¿Á pesar del bando?

FERN. Sí.
Nunca mejor ocasion
para que sepa Esquilache
lo que es un Guardia de Corps.

LUIS. Mira que pueden tomar
pretexto...

FERN. Mucho mejor.
Pero si tú tienes miedo,
yo no obligo...

LUIS. ¿Miedo yo?
Si otro me lo hubiese dicho...

FERN. Entónces es...

LUIS. Es, que no
quiero que por un momento
de loca alucinacion
puedas tener un disgusto...

FERN. Bah!

LUIS. Muy serio.

FERN. Por favor,
si es una de tantas bromas
como hemos corrido. .

LUIS. Oh!
FERN. Cuatro palos y á dormir.
Ya ves que...
LUIS. ¡Quiéralo Dios!

ESCENA IV.

DICHOS, EDUVIGIS, con manto.

EDUV. (Segun las señas que traigo,
debe ser este el meson.)
¿Alguno de vuesarcedes
es por acaso el señor
don Fernando Carvajal?
FERN. Buena dueña, ese soy yo.
EDUV. Ya debí de adivinarlo.
LUIS. Vaya, yo estorbo y me voy.
FERN. ¿Te marchas?
EDUV. (Es un buen mozo!)
LUIS. Conque hasta despues. (Váse.)
FERN. Adios.
—Y bien: ¿qué teneis que hablarme?
EDUV. Que á la verdad no mintió
quien dijo que érais muy guapo.
FERN. Gracias.—¿Y qué comision
me traeis?
EDUV. Ah! Si en mis tiempos
me hubiese topado yo
con un hombre tan garboso...
FERN. Muchas gracias.
EDUV. Como vos!...
Pero, en fin, todo se va...
todo!
FERN. (Ménos ella!)
EDUV. Oh!
Si me hubiéseis conocido
cuando el rey...
FERN. (El que rabió!)
EDUV. ¡Ay! Daba gozo de verme!
FERN. Mas ¿no me decís?...
EDUV. Sí, voy.
—Tal vez nos hallais oido

hablar de un gran señoron
que llamaban...

FERN. Jesucristo.

EDUV. Jesucristo? No, señor.
Pues bien, penaba por mí!

FERN. Lo creo!

EDUV. Mas nada; yo...
nunca quise...

FERN. (Con mal humor.) Pues yo quiero
que acabeis!

EDUV. Ay!

FERN. Vive Dios!

EDUV. Si tuviese yo mis quince...

FERN. Eh! Mi paciencia acabó!
¿Me decís lo que quereis,
ó me marcho?

EDUV. Mi patron
San José me la dé á mí!
Tomad... (Qué Guardias de Corps!)
(Le da una carta.)
Los de entónces sí que eran?...
Pero ahora... Bah! Municion!)

FERN. Podeis decir á María
que tengo en mucho mi honor
para no dar á su carta
más que esta contestacion. (La rompe.)

EDUV. ¿Á mi señora?

FERN. Y decidla...

EDUV. Qué?...

FERN. Que el desprecio mayor
me inspira.

EDUV. Por santa Mónica!...

FERN. Desprecio, otra cosa no!

EDUV. Señor guardia!

FERN. Vaya al diablo!

EDUV. ¿Qué más diablo que vos?...
Pobrecita!... pobrecita!...
Si ya la decía yo
que érais un loco!...

FERN. Por Cristo!...

EDUV. Trapacero, enredador...
que la íbais á hacer pasar...

FERN. Me marcho, porque si no! (*Vase.*)

EDUV. Mas juro á fé de Eduvigis
Candela y Vargasmayor,
que he de hacer que no os burleis
de ninguna de las dos!
(*Mientras recoge algunos trozos de la carta, salen algunos Guardias y le cierran el paso.*)

ESCENA V.

EDUVIGIS y CORO DE GUARDIAS.

MUSICA.

CORO. Chito, silencio,
vamos despacio,
que por la espalda
tiene buen garbo.

EDUVIGIS. Vamos apriesa!

CORO. Alto!

EDUVIGIS. Jesús!

CORO. No corra el manto
haciendo el Bú!
Bú, bú.

EDUVIGIS. (Ah! qué desgracia!)

CORO. Mantos atrás!

EDUVIGIS. (Solamente tapada
oirse requebrar!)

CORO. No te tapes la cara,
niña hechicera,
que es pecado taparse
cosa tan bella.
Deja que en esos ojos
me abrase yo
y que admire ese talle
tan seductor.

EDUVIGIS. (Ay, qué cosas me dicen
los picarones!
Así ablandan los tunos
los corazones,
y el mio que es tan blando

al escuchar
esas cosas me pega
cada tic, tac!...)

CORO. Y el corazon tus gracias
al admirar
sentimos que en el pecho
hace tic, tac!...
Abajo el manto!

EDUVIGIS. Por compasion!

CORO. Sin abrazo por barba
no te vas, ¡vive Dios!

EDUVIGIS. (¿Un abrazo por barba?...
¿Cuántos serán?...
¿Qué pocos, madre mia,
¿porqué no han de ser más?)

CORO. Abajo el manto!

EDUVIGIS. Por compasion!

(Se quita el manto, y al verla retroceden.)

CORO. Jesucristo, qué bruja!

EDUVIGIS. ¿Quién empieza?

CORO. Qué horror!
Bueno está el chasco!...
Já! já! já! já!
Feas conocemos
pero tanto... ¡cá!
(Marcadamente cómico.)
Al ver tu inocencia
y casto pudor
ninguno se atreve
á manchar tu honor.
De un crímen tan grande
líbrenos la cruz.

EDUVIGIS. ¿Dónde está el abrazo?

CORO. Jesús! Jesús!

EDUVIGIS. (Ay, si entre mis uñas
os llego á pescar!)

CORO. Váyase la bruja
la escoba á montar.
Bueno está el chasco, etc.
(Vánse todos.)

ESCENA VI.

LA DUQUESA, con manto; el CORREGIDOR, con capa y sombrero de alas.

HABLADO.

CORREG. Duquesa, por Santa Brígida;
¿dónde vamos á parar?
DUQ. Aquí debe ser sin duda.
CORREG. Pero, Duquesa!...
DUQ. Callad.
CORREG. Ay, si Esquilache me viera!...
DUQ. ¿Á quién servir quereis más,
á mí ó á Esquilache?
CORREG. Á vos.
DUQ. Entónces...
CORREG. Pero pensad
que si nos coge una ronda...
DUQ. Les decís quién sois, y en paz.
CORREG. ¿Y el escándalo?...
DUQ. ¿Qué escándalo?...
CORREG. ¿Y si llega á averiguar
que el mismo Corregidor
es el primero que va
acompañando tapadas
y con capa larga?...
DUQ. ¡Bah!
CORREG. Me destituye y me encierra
en un castillo...
DUQ. Quizás.
CORREG. Ó á un calabozo.
DUQ. ¿Qué importa?
CORREG. Á vos no os importará,
pero á mí no me divierte
con las ratas alternar.
DUQ. ¿Ese es vuestro amor?...
CORREG. Duquesa...
DUQ. Si yo os ruego...
CORREG. Es que es capaz

hasta de ahorcarme.
DUQ. Es posible.
CORREG. Jesús, qué barbaridad!
Y me lo dice tan fresca!
DUQ. Si quereis mi amor lograr,
es preciso...
CORREG. ¿Que me ahorquen?...
DUQ. Correr peligros...
CORREG. Ya! ya!
DUQ. Demostrar valor.
CORREG. Si yo
soy un Cid, soy un Roldan;
pero es cuando tengo gentes
que me puedan ayudar.
DUQ. Basta!
CORREG. (Pues, señor, no hay medio!...)
(Sale un mozo de la posada, el Corregidor se emboza y la Duquesa pregunta.)
DUQ. ¿Don Fernando Carvajal?
MOZO. En esa puerta. (Váse.)
DUQ. Está bien.
CORREG. (¿Á qué demonios vendrá
esta bendita señora?)
DUQ. ¿No habeis oido?... llamad.
CORREG. ¿Que llame?
DUQ. Sí.
CORREG. (Pues señor,
¿cómo esto terminará?...)
(Se detiene al ir á llamar.)
Pero Duquesa, por Dios!...
DUQ. Que llameis digo.
CORREG. (El mismo juego.) (Qué afan!)
Y no sería mejor?...
DUQ. Sois un necio!
CORREG. Bien está!
DUQ. ¿No habeis comprendido?...
CORREG. El qué?
DUQ. Que al atreverme á arriesgar
mi fama y venir con vos
hasta una posada...
CORREG. Ya!...
DUQ. Es porque tengo un encargo

de su alteza...
CORREG. Bueno va.
DUQ. ¿No comprendeis?...
CORREG. Sí comprendo.
(Ni jota!)
DUQ. Pues bien, llamad.
CORREG. (Nada, nada: de esta hecha
voy á Segovia á parar!) (Llama.)

ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. ¿Quién?...
DUQ. Fernando.
FERN. ¿Vos, Duquesa?
DUQ. Es necesario que hablemos.
FERN. Decid.
CORREG. (¿Qué será?)
DUQ. En palacio
se ha sabido que muy presto
iba á haber sublevacion;
que están unidos al pueblo
algunos Guardias, y vos
figurábais el primero.
FERN. ¿Y qué importa?...
DUQ. Sin embargo,
si os prendiesen...
FERN. Nada temo.
DUQ. Es preciso no perder
ni un instante, ni un momento;
y á la primera ocasion
favorable...
FERN. Sí, os comprendo.
CORREG. (Pues señor, bien!)
FERN. Confiad.
DUQ. Si llegaran á prenderos...
FERN. No es tan fácil; más estando
prevenido.
CORREG. (Bueno!... Bueno!...)
DUQ. Sin embargo, es necesario
que sepais los elementos

conque contamos.

FERN. Mas...

CORREG. (Vaya
un papel que estoy haciendo!)

FERN. Pensad bien que en este sitio
no es muy prudente que hablemos.

DUQ. Teneis razon.

CORREG. (Adelante
y sigan los cuchicheos.)
Ejem!...

FERN. Si alguno pasase...

CORREG. (Ni por esas!)

FERN. Quizá al vernos
pudiera tener sospechas...

CORREG. Duquesa, por Dios!...

DUQ. Es cierto;
mas...

CORREG. (No me oyen.) Duquesita...

DUQ. Tasado el tiempo tenemos
y es necesario que os hable.

FERN. Si quereis en mi aposento...

DUQ. Fernando...

FERN. En él tan segura
estareis como en el templo.

CORREG. Duquesita...

DUQ. En vos confío.

FERN. Señora, soy caballero.
Podeis entrar sin temor.

CORREG. Duquesita...

DUQ. Nada temo.

CORREG. Duquesi...

DUQ. Corregidor,
por ahora libre os dejo.

CORREG. Qué?...

DUQ. Tengo necesidad
de hablar algunos momentos
con don Fernando.

CORREG. Duquesa!

DUQ. Vaya, no seais majadero!

CORREG. Considerad...

DUQ. Ya sabeis
que se trata de un secreto

de su alteza y es preciso...
CORREG. Muy bien: á todo me avengo.
DUQ. Desde anoche habeis ganado
en mi amor un mil por ciento.
CORREG. Ay!... Duquesa!...
DUQ. Mas preciso
es que os alejeis, y luégo
vengais á buscarme aquí.
CORREG. Santo Dios!
DUQ. Aquí os espero.
CORREG. Mas...
DUQ. No he de volverme sola!
CORREG. Pero oid...
DUQ. Guárdeos el cielo.
(Entran en la habitacion de Fernando.)

ESCENA VIII.

EL CORREGIDOR.

Y volveré, de seguro,
porque soy un majadero!
¿Quién me manda enamorarme?...
Pero si tiene un gracejo
y unos ojos, y unos... ¡vaya!...
Nada: que vuelvo, que vuelvo!
Le echamos culpas á Adan
porque cediendo á los ruegos
de Eva,—que debió ser guapa,—
comió la fruta y no vemos
que todos somos Adanes,
que en cuanto nos miran tiernos
unos ojos y nos dicen:
«Por mi cariño... yo os ruego...»
no manzanas, hasta ruedas
de molino nos comemos.
Nada; me voy ahora mismo:
me quito capa y sombrero,
y me voy con la Duquesa
á donde quiera, al infierno.
(Al irse ve una ronda.)

Una ronda!... ¡caracoles!
al primer paso un tropiezo!
Y vienen aquí!... ¡caramba!...
¿Por dónde esconderme puedo?...
Todas las puertas cerradas...
Pues, señor, aquí me meto.
(Se mete en el carro de harina: durante el canto asoma la cabeza por entre las cortinas.)
¿Quién diría que una ronda
á mí me metiese miedo?

ESCENA IX.

DICHO, RONDA DE ALGUACILES y ALCALDE.

MUSICA.

RONDA. Todo está tranquilo:
ni un solo embozado
en todo el camino
hemos encontrado.
Mas toda la córte
hay que vigilar,
porque así lo manda
del Corregidor
la alta autoridad.
CORREGIDOR. (Si ellos supieran
en dónde está
ahora metida
mi autoridad!)

ESCENA X.

DICHOS, ESQUILACHE.

HABLADO.

ALG. Su excelencia!
TODOS. (Inclinándose.) Gran señor!
CORREG. (Esquilache! Jesucristo!) (Se esconde.)

ESQ. Alcalde: ¿acaso habeis visto
al señor Corregidor?
ALC. Desde anoche...
ESQ. Y no imagina...
ALC. No le hemos visto ni oido.
ESQ. ¿Por dónde andará metido?
CORREG. (Anda metido en harina.)
ESQ. ¿Y en Madrid?
ALC. Tranquilidad.
ESQ. ¿En todas partes?
ALC. Completa.
El pueblo entero respeta
y acata su autoridad.
Tan sólo en el Avapiés...
ESQ. El qué?
ALC. Nada, que un chispero
dió un cantazo á un pregonero.
ESQ. Mas...
ALC. Le valieron los piés.
CORREG. (Si me valiesen los mios...)
ESQ. Que es preciso que os advierta
reprimir con mano fuerte
del pueblo los desvaríos.
ALC. Señor!
ESQ. Venid y escuchad.
(Avanzan los dos para venir á hablar aparte. El Corregidor se esfuerza para oirlos.)
CORREG. (¿Qué hablarán?)
ESQ. Esta posada
con cuidado vigilad.
CORREG. (Secretos? Malo!)
ALC. Yo haré
cuanto mande su excelencia.
ESQ. Sé por una confidencia,
que se trama no sé qué
contra el órden, y es preciso
evitar á todo trance...
CORREG. (Pero, señor, vaya un lance!)
ESQ. Que nos cojan de improviso.
ALC. Ya mis órdenes daré!
CORREG. (Entre este polvo yo sudo!
Á que toso... á que estornudo!...)

(Estornuda y la ronda toda inclinándose, se dicen unos á otros.)

RONDA. Jesús!
CORREG. (No hay de qué.)
ESQ. Poned en sitio oportuno
la ronda.
CORREG. (¿Quién oir pudiera?)
ESQ. Y que entre todo el que quiera,
mas que no salga ninguno
sin saber á dónde va,
quién es, y por qué ha venido.
CORREG. (¿Hasta cuándo aquí metido
esta gente me tendrá?)
ESQ. Y si algun indicio asoma
de tumulto, id á palacio.
CORREG. (Pues, señor, para despacio
me parece que lo toma!)
ESQ. Un motin es como el fuego,
al brotar hay que cortarlo,
porque si no el dominarlo
es casi imposible luego.
—Seguidme ahora, y si ven
(Alto.) al Corregidor perdido,
que dónde ha estado escondido.
CORREG. (No lo sabes tú muy bien!)
ESQ. Si me servís, por mi honor
que no lo habreis hecho en balde.
Cuenta, pues, señor Alcalde.
ALC. Que Dios os guarde, señor.
(Vánse todos.)

ESCENA XI.

CORREGIDOR solo, que sale manchado de harina: al bajarse del carro se da un golpe en la cabeza.

Ay, que me he roto el bautismo!
No acabarán los percances!
Pero, señor, en qué lances
se mete un hombre á sí mismo.
Me limpio y corro ligero...
Si viese la vecindad

á toda mi autoridad
convertida en harinero!...
Yo que á la ronda he mandado
—para ver si se indemniza—
que le pegue una paliza
al que encuentren embozado. .
por poco soy ¡vive Dios!...
—Ea! vámonos apriesa,
y Fernando y la Duquesa
que se la arreglen los dos. (Váse.)

ESCENA XII.

MARÍA y EDUVIGIS, con mantos.

EDUV. Pero, señora!...
MARIA. Es en vano!
EDUV. Mirad lo que vais á hacer!
MARIA. Te digo que hoy he de ver
y he de hablar á ése villano!
EDUV. Mañana...
MARIA. Esperar no puedo!
Es inútil que batalles!
EDUV. Si se ven por esas calles
unas caras que dan miedo!
MARIA. ¿En dónde es su cuarto?
EDUV. Allí.
—Que nos ampare el Señor!
MARIA. Veremos si ese traidor
se atreve á hablar ante mí! (Llama.)
—Vete; pero pronto ven.
EDUV. Voy á rezar cuatro credos,
para que de estos enredos
nos saque el Señor con bien! (Váse.)

ESCENA XIII.

MARÍA, FERNANDO. María sin poderse dominar yendo á su encuentro.

MARIA. Conque mi carta al leer!...
FERN. Dos mil pedazos he hecho.

MARIA. Teníais ese derecho.
¿Y qué causa pudo haber?...
FERN. Causa!... Más vale callar!...
MARIA. Sin saber no me he de ir.
FERN. Pues yo no os la he de decir.
MARIA. Pues yo no me he de marchar!
FERN. Bien: estaos si quereis;
pero yo... (Hace ademan de marcharse.)
MARIA. De vos no espero,
—siendo hidalgo y caballero,—
que así á una dama dejeis.
FERN. (Calma!)
MARIA. Ya estoy esperando...
FERN. Tanta audacia no concibo.
MARIA. Á que expliqueis el motivo
por qué...
FERN. María!
MARIA. Fernando!
FERN. Dejadme!
MARIA. No!
FERN. Voto va!...
Ya se agota mi paciencia!
Llamad á vuestra conciencia
y ella el motivo os dirá!
MARIA. ¿Mi conciencia?
FERN. Sí.
MARIA. Pues bien:
me dice que he estado loca,
que no sé por qué me choca
vuestro insultante desden.
Que fuera gran maravilla
que mi amor cambiar hiciera
al guardia más calavera
y más trueno de la villa:
que debía haber sabido,
no siendo cándida ó necia,
que vuestro orgullo desprecia
aquello que ha conseguido,
y que era pequeña lid
triunfar de una camarista
el que avasalla y conquista
lo más noble de Madrid.

Mas si jugar con mi amor
pudísteis, como lo infiero,
ni á vos ni á nadie tolero
el que juegue con mi honor!
FERN. Acabásteis?
MARIA. Acabé!
FERN. ¿Puedo yo empezar?
MARIA. Escucho.
FERN. Pues bien: os he amado...
MARIA. Mucho!
FERN. Como á nadie!
MARIA. Bien se ve!
FERN. Pero al saber que un rival...
MARIA. ¿Un rival decís?...
FERN. Insisto.
MARIA. ¿En dónde está?
FERN. Yo le he visto
por mis ojos.
MARIA. Vos!
FERN. Sí tal!
MARIA. El pretexto es muy usado.
FERN. Oid.
MARIA. Os juzgué más diestro.
FERN. María!
MARIA. Aunque sois maestro,
me habeis el juego enseñado.
FERN. Si hablar no me dejais...
MARIA. Nada.
FERN. Entendernos no podemos.
MARIA. Lo mejor será que demos
la cuestion por terminada.

ESCENA XIV.

DICHOS, la DUQUESA, que sale tapada.

MUSICA.

Ah! Ya veo la razon!
(Mirando á la Duquesa.)
FERNANDO. No penseis... (Qué compromiso!)

MARIA. ¿Qué decís?
DUQUESA. (Era preciso
cortar la conversacion.)
MARIA. (El perjuro me engañaba,
mas su infamia conocí.
Ahora falta que yo logre
la tapada descubrir.)
DUQUESA. (El asunto se enredaba;
mas el tiempo no perdí.
Ya sabiendo que le amo
no tiene más que elegir.)
MARIA. ¿No me hablabais de un rival?
FERNANDO. Y es verdad.
MARIA. Sois poco listo.
Ahora sí que yo lo he visto
por mis ojos.
FERNANDO. Pues no hay tal.
MARIA. ¿Negareis?...
FERNANDO. Claro que niego.
DUQUESA. (La madeja bien se enreda.)
FERNANDO. Os lo juro!
MARIA. No me queda
más que ver!
FERNANDO. Voto á San Diego!
(Dirigiéndose á la Duquesa.)
MARIA. No os tapeis con el manto,
que por mi parte
no os disputo la alhaja
de vuestro amante:
y me da horror,
que tendreis tan tapada
mucho calor.
DUQUESA. Si me tapo la cara
no es por el frio,
es porque así me quiere
el amor mio;
y no hay temor,
que aunque esté tan tapada
tenga calor.
FERNANDO. Salir pronto es necesario
de tan rara situacion.
MARIA. Yo me marcho.

DUQUESA. Yo tambien.
FERNANDO. Álguien viene.
LAS DOS. Eh!
FERNANDO. Chiton,

(Se dirigen á la puerta los tres, y cuando Fernando dice: «Álguien viene», se tapan las dos la cara y avanzan al prosceuio, cambiando de sitio.)

Duquesa! (Á María.)
MARIA. (Con intencion.) Una Duquesa.
FERNANDO. (Á la Duquesa.) María!
DUQUESA. Qué ocasion! (Marcado.)
LAS DOS. (Con el manto no conoce
á ninguna de las dos.
Disimulo.) Don Fernando.
FERNANDO. ¿Qué quereis?
LAS DOS. Confio en vos.
Es preciso que me deis
vuestro brazo. (Se cogen las dos del brazo.)
FERNANDO. (Vive Dios,
que en un lance semejante
ningun hombre se encontró!)
MARIA. (Si logro con maña
cambiar mi papel,
quién es la tapada
al cabo sabré!)
DUQUESA. (Si logro con maña
marcharme con él,
de fijo á María
jamás vuelve á ver.)
FERNANDO. (Con las dos cogidas
yo no sé qué hacer.
Estamos haciendo
un bravo papel!)
MARIA. Es preciso que á mi casa
ahora mismo me lleveis.
FERNANDO. (Á palacio!) (Sorprendido.)
DUQUESA. Es necesario
que en mi casa me dejeis.
FERNANDO. (Ya no puedo deshacerme
de ninguna de las dos.)
MARIA. (En palacio... una duquesa...

Bien la traza me sirvió!)
(No cabe duda,
ya sé quién es:
pronto el incógnito
averigüé!)

FERNANDO. (¿Qué es lo que hago,
vamos á ver?
¿Cómo nos vamos
por ahí los tres?)

DUQUESA. (Vaya, que el lance
tiene que ver!
Á quién prefiere
voy á saber!)

ESCENA XV.

DICHOS, EDUVIGIS, corriendo.

HABLADO.

EDUV. Ay, señora de mi vida!
FERN. Eh?...
MARIA. ¿Qué pasa?...
EDUV. Santo Dios!...
Que cierran todas las puertas...
que va á haber revolucion;
que no podemos pasar
ya por la calle Mayor!...
Que hay carreras... y dan palos
y gritos y qué sé yo!...
que se me doblan las piernas
y me salta el corazon,
porque en los años que tengo
no tuve susto mayor!...
(Alboroto fuera.)
DUQ. ¿Y qué hacemos?...
MARIA. Don Fernando!...
FERN. Entrad en mi habitacion
hasta que saber podamos...
DUQ. En efecto, es lo mejor.
MARIA. Vamos. (Entran María y la Duquesa tapadas.)

EDUV. Á santa Eduvigis
y á San José mi patron
les ofrezco siete misas
si consiguen que el Señor
nos saque bien de este dia!
FERN. Vamos! (Dándola un empujon.)
EDUV. Qué Guardias de Corps!
(Vánse todos.)

ESCENA XVI.

Sale el CORREGIDOR, embozado, los ALGUACILES pegándole con las varas. El PUEBLO detrás. Con la ronda el ALCALDE.

MÚSICA.

RONDA. Dése á la ronda,
téngase allá,
que así lo manda
la autoridad.
CORREG. Valla unos palos!
—Qué atrocidad!—
que me ha atizado
la autoridad.
PUEBLO. Qué buenas formas
para mandar
usa en España
la autoridad!
RONDA. Manda el rey nuestro señor
los sombreros apuntar,
y los mantos y las capas
media vara recortar;
y que en viendo un embozado,
con la vara de la ley
se le pegue una paliza
que se esté en la cama un mes.
CORREG. (Ay qué brutos! Dios clemente,
qué bien saben apretar!
Con los palos que me han dado
tengo un mes para rascar!)

RONDA. Estas son las órdenes del Corregidor.
CORREG. (Pues ahora resulta que el bruto soy yo.
ALCALDE. Por el rey que representa
y el señor Corregidor,
yo le prendo y le declaro
á los bandos infractor.
CORREG. (Á mí mismo yo me prendo.)
PUEBLO. ¿Quién será este buen señor?
ALCALDE. Cortadle la capa.
CORREG. (Dios mio! qué hacer?)
RONDA Á la autoridad hay que obedecer.

(Sacan tijeras los alguaciles y hacen el juego con ellas en la mano.)

Chiqui chaca, chiqui chac,
ya funcionan las tijeras,
chiqui chaca, chiqui chac,
corten capas sin piedad,
porque sastres y alguaciles
miden, cortan y recortan,
y son diestros en sisar.
PUEBLO. Ya no hay paciencia,
no, ¡vive Cristo! (Indignados.)
Es un insulto cual nunca he visto.

(Le cortan la capa estando él de espaldas y tapado con el sombrero mientras el pueblo canta.)

La sangre toda me siento arder.
RONDA. Á la autoridad hay que obedecer.
ALCALDE. Apuntadle ese sombrero.
CORREG. (Me cazaron cual raton!)
PUEBLO. No hay paciencia que esto sufra.

(Al descubrirle los Alguaciles se inclinan.)

ALCALDE y RONDA. El señor Corregidor!
PUEBLO. Já! já! já! já!
RONDA. Señor, perdon!
PUEBLO. El lance es gracioso
á no poder más!
Cortarle la capa
á la autoridad!...
Já! já! já! já!
RONDA. Obedientes á las órdenes
que vuecencia nos dictó,
á tan grande desacato

nuestra mano se atrevió.
CORREG. (La primera vez quizá
que cumplen su obligacion,
el demonio vino á hacer
que el pagano fuese yo.)
PUEBLO. Es un chasco divertido!
Es gracioso el *quid pro quo*:
la primer capa que cortan
es la del Corregidor.
Já! já! já! já! (Se repite.)
RONDA. Señor, perdon, etc.

HABLADO.

CORREG. Nada, no hay que perdonar.
(Así lo remedio todo.)
Esto sólo ha sido un modo
de vuestro celo probar.
Quise saber de esta suerte
si mis órdenes cumplían:
mas, francamente, podían
no haber pegado tan fuerte.
ALC. Señor, por obedecer...
CORREG. Si está bien!... Si no me enfado!...
(Nada: que me han derrengado
y áun se lo he de agradecer!)
ALC. Y ya que está aquí presente
su excelencia...
CORREG. (Irónico.) (Mi excelencia!)
ALC. Presidid la diligencia
de prender á un delincuente.
CORREG. De prender á un... (Con interés.)
ALC. Sí, señor:
un Guardia que vive en esa
habitacion.
CORREG. (Ay, Duquesa!)
¿Por qué?
ALC. Por conspirador.
CORREG. Pero...
ALC. Órdenes precisas
de su majestad traemos.

CORREG. (Ay, Señor, cómo saldremos
todavía de estas misas!...)
Pues al punto...
ALC. ¿Llamo?
CORREG. Sí.
(Salga el sol por Antequera!
Si cayó en la ratonera
no puede culparme á mí!)

ESCENA XVII.

Llama el ALCALDE, contesta dentro FERNANDO. El PUEBLO forma grupo á un lado; la RONDA enfrente.

FERN. ¿Quién llama?
ALC. La autoridad.
FERN. ¿Qué busca?
ALC. Cumplir la ley.
FERN. Que la cumpla.
ALC. Abrid al rey!
FERN. (Saliendo.) ¿Qué manda su majestad?
ALC. Manda que os deis á prision,
—ved el sello del ministro,—
y practicar un registro
dentro de esa habitacion.
FERN. Eso no, por vida mia!
ALC. La órden que me han dado es esa.
CORREG. Ya lo oís. (¿Y la Duquesa? (Ap. los dos.)
FERN. (Está dentro todavía.)
CORREG. Yo solo iré á registrar.
FERN. Si vos entrais solo, cedo.
ALC. Perdonad, pero no puedo
dejarle de practicar.
FERN. Pues bien: dentro de mi casa
hay tres damas.
CORRG. ¿Cómo tres?
FERN. Dejadlas ir, y despues
podeis registrar sin tasa.
ALC. Está bien.
CORREG. ¿Tres?... Yo me espanto!...
FERN. Permitid que las dé aviso.
(Entra y salen las tres tapadas. Al irse á marchar

se opone el Alcalde.)
—Mil gracias!

ALC. Pero es preciso
que se levanten el manto.

FERN. Ea, basta, ¡vive Dios!

ALC. El bando de su excelencia...

FERN. Bastante condescendencia,
alcalde, tuve con vos!

ALC. Yo no puedo tolerar...

CORREG. (Este va á armar otra nueva.)

FERN. El que á tocarlas se atreva
desde ahora puede empezar!
(Saca la espada y se pone delante de ellas. El Pueblo se pone á su lado.)

MÚSICA.

PUEBLO. Bravo, magnífico!
Bien, ¡vive Dios!
por el valiente
Guardia de Corps!

RONDA. Dénos la espada
sin dilacion
el temerario
Guardia de Corps!

CORREG. (Vaya un jaleo que nos armó
este maldito Guardia de Corps!)

FERNANDO. Nunca su espada á esbirros dió
un caballero Guardia de Corps.

ALCALDE. Dé la espada á la justicia!

FERNANDO. No la rinde un militar!

ALCALDE. Pues ejemplo de cordura
por lo mismo debe dar.

FERNANDO. Pues no quiero!

LAS DOS. Don Fernando!...

CORREG. Es tan claro como el sol.

FERNANDO. Que soy ántes que soldado
caballero y español.

CORREG. (Como al fin se arme un tiberio
y haya palos... ¡por San Blas!
pongo veinte contra uno

que á mí vienen á parar.)

FERNANDO. Si á estas damas libres
no dejais marchar,
camino mi espada
abrirles sabrá.

PUEBLO. Como á esas damas
no dejen pasar,
menuda paliza
se van á llevar!

ALGUACILES. Jamás, jamás!
Sin descubrirse
no pasarán.

ALCALDE. Alguaciles!

FERNANDO. Madrileños.
En todo hombre es un deber,
—si es honrado y caballero,—
dar amparo á una mujer.

PUEBLO. Á vuestro lado
á todos nos teneis.

ALCALDE. Por órden del ministro
llevadle prisionero.

FERNANDO. Afuera los secuaces
de un ministro extranjero!

PUEBLO. Afuera!

ALCALDE. Teneos
en nombre del rey!

FERNANDO. Muchachos, á ellos!
(El Pueblo y Fernando arrollan á los Alguaciles, que huyen tirando las tijeras.)

CORREG. (Ya empezó el belen!)
Duquesa, vuestro brazo.
(Le toma el brazo.)

MARQ. y DUQ. Al punto vamonós;
(María coge el brazo de Eduvigis.)
y al pobre don Fernando
que le proteja Dios!
(Vánse las tres. El Pueblo y Fernando adelantan al proscenio: las mujeres con las tijeras.)

TODOS. Ya que Alcalde y Alguaciles
conseguimos dispersar,
es preciso á toda costa
la ocasion aprovechar.

Es preciso ir á palacio,
á Esquilache sorprender,
y pedir que los decretos
se deroguen por el rey.

MUJERES. (*Con las tijeras.*)
Chiqui chiqui, chiqui chac,
dale dale á las tijeras,
chiqui chiqui, chiqui chac,
dale dale sin parar,
que hoy orejas de ministros
sin piedad hay que cortar,
porque hace falta,
no hay que dudar,
hacer con los ministros
un ejemplar,
chiqui chiqui, chiqui chac.
(*Final teatral.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

Salen varias CAMARISTAS por distintos lados: luégo EDUVIGIS.

MÚSICA.

UNAS. ¿Qué sabeis de nuevo?
OTRAS. Vosotras direis.
UNAS. Que el motin aumenta.
OTRAS. Que arrecia el belen.
TODAS. Dicen que á los Walonas
han desarmado,
que por momentos crece
la insurreccion,
y si hoy mismo el decreto
no han derogado,
prenden por cuatro lados
la poblacion.
—Ay, qué atrocidad!
¿En qué estos belenes

vendrán á parar?
—Dicen que ya Esquilache
mohino anda,
que esta tarde el consejo
van á reunir;
dicen que nadie sabe
ya lo que manda
ni si ceder hoy deben
ó resistir.
Ay, que atrocidad, etc.

(Sale Eduvigis asustada. Todas la cercan.)

EDUVIGIS. Vírgen santa!
ELLAS. ¿Qué sucede?
EDUVIGIS. Ay, qué susto!
ELLAS. Cuéntenos!
¿Qué sucede por la córte?
EDUVIGIS. ¿Qué sucede?
ELLAS. Sí.
EDUVIGIS. Un horror!
Por todas partes se ven armados
con unas caras que miedo dan,
y muchos chicos desarrapados
todas las piedras quitando están.
Junto á la calle de Latoneros
como un cohete venía yo,
y uno del gremio de zapateros
fué por la espalda... y me abrazó.
Abrazarme á mí!
Jesús, qué horror!
¿Qué dirá mañana
mi confesor?
ELLAS. Del mal el ménos;
puede pasar
si tan sólo si vencen los hombres
nos van á abrazar.
EDUVIGIS. Oigo en la plaza gran algazara,
y al ver que corro, de un peloton,
«que nadie pase sin ver la cara»
con voz de trueno grita un maton.
Yo le pregunto que si se puede.
Y él al mirarme me dice: «Huid,
que está mandado que de hoy no quede

vieja ni fea viva en Madrid.»
Llamarme fea
y vieja á mí,
cuando moza más terne
no hay en Madrid!
ELLAS. Del mal el ménos;
puede pasar,
si tan sólo en las viejas y feas
se van á ensañar.

ESCENA II.

ESQUILACHE, CORREGIDOR y ALCALDE.

HABLADO.

ESQ. Es necesario energía,
pues ceder ya no podemos.
De la bondad del monarca
abusando torpe el pueblo
nos obliga á que acudamos
á los recursos extremos,
y por Dios que he de enseñarles
que sus furores desprecio!
—¿Qué nuevas traeis, Alcalde?
ALC. Señor...
ESQ. ¿Qué más desafueros
comete por esas calles
esa coleccion de ébrios?
ALC. Por todas partes levantan
barricadas: prisioneros
están en el cuartelillo
de Anton-Martin...
ESQ. ¡Vive el cielo!
ALC. Los soldados que allí había.
Desapuntan los sombreros
á los que en la calle encuentran
obedientes al decreto:
arrancan de las esquinas
los bandos, sustituyéndolos

por proclamas incendiarias
en que excitan á los gremios
á la rebelion, y piden
vuestra cabeza primero...

ESQ. Mi cabeza?

CORREG. Sí, y la mia.

ESQ. Aún está sobre mi cuello
y pronto á probarles voy
que muy segura la tengo.
¿Dísteis mis órdenes?

ALC. Sí.

ESQ. Dijísteis?...

ALC. Que hicieran fuego:
pero al aire.

ESQ. Y si no basta,
decid que tiren al cuerpo.
Vos, Corregidor, saldreis
ahora mismo...

CORREG. (San Nemesio!)

ESQ. Para publicar el bando
que os he dado. ¿Teneis miedo?

CORREG. ¿Yo miedo?... ¡Cá! no señor!

ESQ. Pues ¿por qué temblais?

CORREG. ¿Que tiemblo?
Será entónces el coraje
que no me cabe en el cuerpo.

ESQ. Pues al punto, y si no ceden...

CORREG. (No me dejan ni el pellejo!)

ESQ. Les juro que voy á hacer
un ejemplar escarmiento!

CORREG. ¿Y no podíais hacerle
ántes de que?...

ESQ. No, no quiero
que digan que no he agotado
de la clemencia los medios.

CORREG. (Nada; que me descuartizan!)

ESQ. Bien pronto los regimientos
que he avisado llegarán,
y entónces...

CORREG. (Cuarenta credos
en cruz prometo rezar
si á mi casa vivo llego!)

ESQ. Seguidme...
CORREG. (Santa María!)
ESQ. Que ya me espera el consejo.
(Vánse todos)

ESCENA III.

DUQUESA y MARÍA, salen una por la derecha y otra por la izquierda.

MUSICA.

DUQUESA. María!
MARIA. La Duquesa!
(Disimulo!)
DUQUESA. Guárdeos Dios.
De poder hablaros sola
ya anhelaba la ocasion.
MARIA. ¿Qué teníais que decirme?
DUQUESA. Algo grave para vos.
MARIA. Algo grave!... No comprendo...
DUQUESA. Pues oid.
MARIA. Oyendo estoy.
DUQUESA. Á su alteza le han contado
lo que nunca pudiera creer,
que un escándalo han armado
no sé donde, dos damas ayer.
De ser una de las dos tapadas
á vos os acusan tal vez sin razon,
y su alteza tiene órdenes dadas
para que os pida vuestra dimision.
MARIA. Pronta estoy á darla.
DUQUESA. (Mi venganza empieza!)
MARIA. Mas quiero entregarla
yo misma á su alteza.
DUQUESA. Yo lo impediré.
MARIA. Veremos.
DUQUESA. Probad.
MARIA. Pues se la daré
á su majestad.
Yo diré que á la tapada

que conmigo ayer tarde se halló,
encontramos encerrada
con un hombre Eduvigis y yo:
de este modo podrá la princesa
á las dos culpables la pena aplicar,
y tal vez os encargue, Duquesa,
vuestra dimision tambien á llevar.

DUQUESA. ¿Qué quereis decirme?
No entiendo, por Dios!

MARIA. Que la otra tapada
era...

DUQUESA. ¿Quién?

MARIA. ¿Quién? Vos!

DUQUESA. Yo!

MARIA. Vos!

DUQUESA. ¿Y cómo probarlo, decidme, podreis?

MARIA. Eso es cuenta mia y ya lo vereis.

DUQUESA. (En mis redes
sin saber caí.
Al creer vencerla
me ha vencido á mí.)

MARIA. (En sus propias redes
ella misma cayó.
Cuando ya me juzgaba cogida
la he cogido yo.)

DUQUESA. Si un escándalo ahora damos...

MARIA. Para vos será peor.

DUQUESA. Transijamos.

MARIA. Transijamos.
Me parece lo mejor.

DUQUESA. (Si en esta lucha
vencida quedé,
pronto el desquite
me procuraré.
Yo de Fernando
el amor lograré,
y al par dichosa
y vengada seré.)

MARIA. (En esta lucha
vencida quedó:
quiso clavarme
y se clavó.

Si de Fernando
tengo el amor,
de su venganza
me rio yo.)

HABLADO.

DUQ. Es necesario hablar claro
y quitarse las caretas.
MARIA. Quitáosla vos, porque
yo no la llevo, Duquesa.
DUQ. Os detesto.
MARIA. Yo á vos no.
DUQ. Yo humillaré esa soberbia!
MARIA. No es soberbia, es confianza.
DUQ. ¿Y de qué podeis tenerla?
MARIA. De que os domina el orgullo,
y el orgullo siempre ciega.
DUQ. Amo á Fernando.
MARIA. Lo sé.
DUQ. Y él...
MARIA. Á mí.
DUQ. Quizá eso fuera
cuando ignoraba que yo
le amo con el alma entera.
MARIA. Pues ya lo veis; hasta en eso
os llevo ventaja inmensa,
porque él á mí me ha buscado
y vos le buscais, Duquesa.
DUQ. Duque le haré.
MARIA. Yo feliz.
DUQ. Si os amaba, ya os desprecia.
MARIA. Si porque humilde he nacido
hoy olvidada me deja,
yo sabré ahogar mi cariño
sin que el mundo nada sepa,
que aunque no sea tan noble
ni como vos opulenta,
ántes el alma me arranco
que cometer la bajeza
de mendigar corazones

como vos, y, más contenta
sufro me olvide por pobre
á que por rica me quiera.

DUQ. Pues á la lucha!

MARIA. No tal:
si él os da la preferencia,
su traicion será el antídoto
que mitigará mi pena;
y si áun sin luchar os venzo
será más grande la empresa.

DUQ. Oh!...

MARIA. Quedad con Dios, señora!
(Cortesía exagerada.)

DUQ. Él os guarde...

MARIA. (Y me dé fuerzas.) (Váse.)

ESCENA IV.

DUQUESA, sola.

Me ha humillado y me ha vencido.
No creí fuera tan diestra...
Mas si hoy he perdido, tiempo
para la revancha queda,
y juro que la venganza
ha de exceder á la ofensa.
Mas ¿qué misterio María
dentro de su vida encierra?
De que Esquilache no es
su padre tengo la prueba;
y sin embargo, la ve
todas las noches, y ella
con misterioso sigilo
le abre amorosa la puerta...
¿Es inocente ó culpable?...
¿Es impura ó casta y buena?
Eh! ¿Qué importa? Para mí
es lo mismo que lo sea
ó no, con tal que á Fernando
como culpable aparezca.

ESCENA V.

DUQUESA y el CORREGIDOR.

CORREG. Oh, dicha!
DUQ. (Sólo faltaba
que viniese este babieca!)
CORREG. Gracias á Dios que os encuentro.
Voy á daros una nueva
que os agradará de fijo.
DUQ. Hablad.
CORREG. La victoria es nuestra.
DUQ. Qué?
CORREG. Segun un emisario
que de Vicálvaro llega,
muy pronto sobre Madrid
caerán...
DUQ. ¿Eh?
CORREG. Todas las fuerzas
de los cantones, y entónces
ya vereis correr á esa
multitud que tan furiosa
pedía nuestra cabeza.
DUQ. (¿Será posible?... ¿El Marqués
no habrá logrado?...)
CORREG. Ay, Duquesa!
me parece que respiro
con más libertad.
DUQ. (Si fuera
cierto... Pero no es posible!
¿Y Fernando?...)
CORREG. Con franqueza;
aunque yo no soy cobarde,
que me han temblado las piernas
confieso... Mas ¿no me oís?
DUQ. Sí os escucho.
CORREG. De esta hecha
lo ménos grande de España
me hace Esquilache.
DUQ. (¿Y ella?)
CORREG. Y entónces vos...

DUQ. (Oh! salir
de esta situacion es fuerza!)
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

EL CORREGIDOR, sólo.

Pues me gusta! Con la boca
en la palabra me deja...
digo, al revés... Pues señor,
algo la sucede á esta
señora... El maldito Guardia...
Bah! Se metió en la revuelta,
y si le cogen, lo ménos
en un castillo le encierran
ó le pegan cuatro tiros
y libre el campo me deja!

ESCENA VII.

EL CORREGIDOR, CORO DE CORTESANOS.

MUSICA.

CORO. Chit! chit!
CORREG. ¿Qué es eso?
CORO. Callad,
porque hoy en palacio
no se puede hablar.
CORREG. No entiendo ni jota
de tanto misterio.
CORO. Chist... Es que ha caido
todo el ministerio!
CORREG. ¡Cómo? No es posible!
Qué es eso, decid!
CORO. Eso es lo que cuentan
por todo Madrid.
Dicen que el monarca
no quiere firmar
el bando terrible

que Esquilache da.
Dicen que el ministro
desterrado va,
y á Aranjuez se marcha
hoy su majestad.
Esto es lo que dicen;
esto es lo que cuentan:
unos lo desdicen,
los otros lo aumentan;
y aunque no se sabe
nada de verdad,
el motin aumenta
por la capital.

CORREG. Está muy bien! Está muy bien!
(Al cabo sin mi vara me quedaré.)

CORO. Ahora es necesario
pronto averiguar
qué nuevo ministro
el rey nombrará,
para que al momento
que vaya á jurar
nuestra enhorabuena
le podamos dar.
Á ver lo que dicen,
á ver lo que cuentan.
Lo que unos desdicen
los otros lo aumentan;
y en cuanto sepamos
algo de verdad,
ver lo que podemos
nosotros pescar.

CORREG. Dicen muy bien! Dicen muy bien!
(Quizá de este modo alcalde seré!)

CORO. Es muy probable, es muy posible
el que evitemos un batacazo
sí tenemos flexible el espinazo;
que hay que tener en cuenta
para medrar,
que al sol que más calienta
hay que girar.
Que sea Pedro, que se Juan,
que lo haga bien, que lo haga mal,

nosotros siempre sin vacilar
aplauso aquí, aplauso allá.
(Vánse.)

ESCENA VIII.

DUQUESA, luego FERNANDO. Sale la DUQUESA de su cuarto con gran misterio y se acerca á la puerta de enfrente.

HABLADO

DUQ. Ya es la hora y no ha venido
Fernando. ¿Si será cierto
que el Marqués no habrá alcanzado
Los emisarios á tiempo?
Entónces todo perdido!...
(Se oye una señal.)
Ah, no! la señal ha hecho
en esa escalera.—Ahora
quién á quién vence veremos!
(Entra Fernando.)
—Fernando!
FERN. Aquí estoy, Duquesa.
DUQ. ¿Qué hay?
FERN. Que el partido es nuestro.
DUQ. ¿De veras?
FERN. Todo Madrid
secundando el movimiento,
nos ha provisto de armas,
municiones y dinero.
La guarnicion se ha negado
á hacer armas contra el pueblo;
la nobleza nos ayuda,
nos presta su auxilio el clero:
y ahora mismo hasta el monarca
viene un fraile presidiendo
la comision en que piden
que se derogue el decreto,
y que á Esquilache destierre
y á los hombres del gobierno.

DUQ. ¿Y creeis que eso es bastante?...
FERN. No, no es bastante, y por eso
á estas horas el palacio
de Esquilache estará ardiendo.
DUQ. Y entre tanto él con el rey
aprovecha los momentos;
dispone que vengan fuerzas
sobre Madrid; que en secreto
la córte vaya á Aranjuez
esta noche, y mientras necios
creeis haber hecho bastante
con gritos y con denuestos,
él estará como el tigre
de la ocasion en acecho
para caer á mansalva
quizá, cuando confiemos
más en el triunfo, y entónces
conseguido ya su objeto,
la patria gemirá esclava
á los piés de un extranjero,
y María entre sus brazos
seguirá alegre viviendo
mientras que vos estareis
en prision ó en el destierro.
FERN. Duquesa!
DUQ. Cuando se lucha
no debe de haber sosiego
hasta dejar al contrario
inutilizado ó muerto.
FERN. Oh! Sí!
DUQ. La ocasion es esta.
FERN. Y aprovecharla sabremos.
¿Decís que en palacio se halla?
Pues yo os juro ¡vive el cielo!
que de aquí no sale vivo!
DUQ. Más ¿qué hacer?
FERN. Abajo tengo
un amigo que me espera;
es hombre audaz y resuelto,
y ni el peligro le asusta
ni conoce lo que es miedo:
si pudiera cuatro letras

darle, para que al momento
las llevase á quien está
ahora el motin dirigiendo...

DUQ. En mi cuarto encontrareis
pluma, papel y tintero:
escribid. (Entra Fernando.)
—Si yo idease
algun recurso, algun medio
para conseguir tenerle...

FERN. Aquí está: al punto la entrego,
y despues...

DUQ. Para evitar
el que puedan conoceros,
yo misma lo llevaré.

FERN. ¿Vos, Duquesa?

DUQ. En mi aposento
esperadme, mientras yo
doy á vuestro amigo el pliego.

FERN. Al final de la escalera...

DUQ. ¿Y cómo decirle debo?...

FERN. Mantos y capas hoy es
la consigna.

DUQ. Entrad ligero,
que oigo pasos y quizás...

FERN. No tardeis. (Entra.)

DUQ. No; pronto vuelvo.
Así ya de esta manera
asegurado le tengo,
y para alcanzar el triunfo
ya me ayudará el ingenio.
Es altivo y ambicioso
y que rechace no puedo
ni pensar, si con mi mano
amor y dicha le ofrezco. (Váse.)

ESCENA IX.

EDUVIGIS, luégo el CORREGIDOR.

EDUV. Por más que le doy mil vueltas
en la cabeza, no entiendo

qué es lo que hacer esta noche
mi señora se ha propuesto:
que suba al punto á su cuarto,
que recoja los objetos
más precisos, que los guarde
y que todo esté dispuesto
para uu viaje... ¡Un viaje!...
Pues están buenos los tiempos
para irse por esos mundos
de Dios!... Vaya, no comprendo!...
No parece desde ayer
sino que el diablo anda suelto.
(El Corregidor tose.)
Eh?...

CORREG. ¿Quién anda ahí?...

EDUV. Jesús!

CORREG. Soy yo!

EDUV. Susto más tremendo
no lo he llevado en mi vida!

CORREG. Pues qué ¿os causo tanto miedo?
(No es flojo el que á mí me ha dado
el diablo del estafermo!)

EDUV. Vaya, no están mis rodiias
para tantos zarandeos! (Váse.)

ESCENA X.

CORREGIDOR.

Pues señor, esto se va,
no hay remedio, no hay remedio!
Y yo que lograr pensaba
una grandeza lo ménos
y una cruz y á la Duquesa!...
Por vida de los sombreros!...
¿Quién le mandaba á Esquilache?...
Meditemos... Meditemos.
—Si Esquilache se quedara...
—lo cual que es difícil pienso—
como sabe que yo he andado
metido en esos enredos

del meson y de Fernando,
á quien Dios confunda, creo
que, si acaso, me daría
un buen disgusto. Ya! pero...
si triunfa la insurreccion
me va á costar el pellejo!
De modo que estoy muy bien.
Si los unos ganan, pierdo:
si ganan los otros, malo,
y de tropiezo en tropiezo
me estrellaré por querer
navegar á todos vientos.
Adios vara!... Adios, Duquesa!
Duquesa... ¿Si seré necio?
¿Pues no me olvidaba ya
de su encargo?... «Corred presto,»
—me ha dicho—«puesta la llave
hallareis en mi aposento;
echadla y volved al punto.»
—Llego á su cuarto, la echo
y me marcho más que á escape
hácia la cámara. (Golpes á la puerta.)
¡Cuerno!

FERN. Abrid! (Id.)

CORREG. Pero en ese cuarto...

FERN. ¿No ois? (Más fuerte.)

CORREG. Dios mio! ¿qué es esto?

FERN. Voto á Cristo! (Siguen.)

CORREG. Y es Fernando!

FERN. Que tiro la puerta al suelo!

CORREG. Y lo hará como lo dice,
porque á puños...

FERN. Vive el cielo!...

CORREG. Que siempre me he de encontrar
sin comerlo ni beberlo
en medio de... (Fuertes golpes.)
—Voy á abrirle,
porque si no...

ESCENA XI.

CORREGIDOR, FERNANDO.

FERN. Con mil truenos!...
CORREG. (Ave-María Purísima!)
FERN. ¿Quién me ha encerrado allí dentro?
CORREG. Yo no sé...
FERN. Ah! ¿Fuisteis vos,
sin duda con el intento
de tenerme...
CORREG. Si yo no...
FERN. ¿En palacio prisionero?
CORREG. (¿Á que hace una atrocidad?
Voy á ver si le convenzo,
porque si no...)
FERN. Pues amigo,
mal os ha salido el juego.
CORREG. Pero hombre de Dios, si yo...
FERN. Vos vais á ocupar mi puesto.
CORREG. Considerad...
FERN. De ese modo
como rehenes os tengo.
CORREG. Don Fernando...
FERN. Basta digo!
CORREG. Os juro...
FERN. Callad y adentro!
CORREG. Es que...
FERN. Si no os encerrais
yo os haré... (Tirando de la espada.)
CORREG. No, ya obedezco.
Pero, señor, hasta cuándo...
FERN. Eh!
CORREG. No os enfadeis: ya entro!
(Cierra Fernando la puerta.)

ESCENA XII.

FERNANDO.

Ahora, á jugarnos el todo
de una vez. Pero ¿qué veo?

Esquilache con María...
hácia aquí vienen!... El cielo
los coloca en mi camino.
Entre la sombra observemos
para ver si al fin descubro
de su conducta el misterio,
y ó todo á un tiempo se gana
ó todo se pierde á un tiempo. (Se esconde.)

ESCENA XIII.

ESQUILACHE y MARÍA, FERNANDO, oculto.

MARIA. Podeis sin cuidado entrar;
no hay nadie, y por esa puerta
sin que ninguno lo advierta
hasta mi cuarto llegar.
ESQ. Grandeza, honores, poder...
todo perdido!...
MARIA. Señor!...
ESQ. Causa un inmenso dolor
desde tan alto caer!...
Cuesta tanto la subida,
tal afan, tal amargura,
que cuanta más es la altura
más se siente la caida!
MARIA. Tras de esto,—no lo dudeis,—
mejores tiempos vendrán:
ya por vos trabajarán
los amigos que teneis.
ESQ. Ni áun me queda ese consuelo
que tu inespcriencia sueña,
que todos son á hacer leña
de árbol que cae en el suelo;
y á veces son los peores
los que juzgas más amigos,
que brotan siempre enemigos
donde se siembran favores.
MARIA. Bien; pero pensad, por Dios,
que el estar aquí es expuesto.
Ya estará todo dispuesto
para que huyamos los dos.

Por el corredor que da
al campo teneis la huida;
os espera á la salida
Juan, que prevenido está,
y oculto en su lavadero
podeis pasar esta noche
hasta mañana, que un coche
nos llevará al extranjero.

ESQ. Sí, tú conmigo vendrás.
—Adios, ingrata nacion!
Me heriste en el corazon;
mas justicia al fin me harás!

MARIA. Que el tiempo se va pasando
y álguien podría venir!...

ESQ. Es verdad, hay que partir.
Vamos.

FERN. (Saliendo.) Atrás!

MARIA. Don Fernando!

ESCENA XIV.

ESQUILACHE, MARÍA, FERNANDO.

FERN. Es inútil que intenteis
por esta puerta la huida:
por que no pasareis
sin que la muerte me deis
ó yo os arranque la vida!

MARIA. Fernando, por nuestro amor!

FERN. ¿Y tú nuestro amor invocas
pidiendo para él favor?...
Sigue, porque así provocas
y enciendes más mi furor!

MARIA. Pues bien, hiere!
(Poniéndose delante de Esquilache.)

FERN. Desdichada!

MARIA. ¿Por qué te tiembla la mano?
Será una digna jornada
la que consiga tu espada
de una mujer y un anciano!

FERN. Anciano que así se atreve
á profanar tu pureza

respeto esperar no debe;
lo que lleva en la cabeza
es lodo y fango, no nieve!

ESQ. Qué! ¿Te atreviste á pensar
algo de su honor en mengua?
Oh! Sí! Disponte á luchar! (Saca la espada.)
Mas no te voy á matar!
Te voy á cortar la lengua! (Luchan.)

MARIA. Escucha, Fernando!...

FERN. Yo!...

MARIA. Si, no por mí, por tu madre!

FERN. Él mi ventura mató!...

MARIA. Y á matar vas á mi padre!...

FERN. ¿Tú padre? (Bajando la espada.)

ESQ. Su padre. . ¡no!

MA IA. Cómo?

FERN. Vos...

ESQ. Es mi deber.
Aunque renueve una herida
que aún sangre suele verter,
hoy los dos vais á saber
el secreto de mi vida.
Escuchad la triste historia
que mi vejez atormenta,
pues ni el poder ni la gloría
borraron de mi memoria
esta página sangrienta.
—Era en Nápoles: frisaba
en esa edad de la vida
en que á gozar nos convida
la juventud que se acaba
al darnos su despedida.
Adoraba á una mujer
con esa ardiente pasion
que hace al hombre enloquecer,
al presentir que va á ser
quizá su última ilusion.
Una noche, en que salí
de mi casa,—yo no sé
cómo ni por dónde fuí,
sin darme cuenta de mí—
frente á la suya me halló!

Fué impelido por mi afan
como en fatal derrotero
hácia el mar los rios van,
como responde el acero
á la atraccion del iman.
Á orillas del mar me hallaba
—que en calma y libre de brumas—
cintas de plata forjaba
cuando la luz reflejaba
sobre sus blancas espumas.
Junto al mar un torreon
se alzaba; en él un balcon
del que una escala pendía,
que el viento agitarse hacía
cual la ira mi corazon.
Y bien pronto me hizo ver
una luz que los delata,
en el marco aparecer
las sombras que el mar retrata
de un hombre y una mujer.
Y allí mi duda cesó,
porque la luna alumbró
á una mujer,—la que amaba!—
que en sus brazos estrechaba
á un hombre, que no era yo!
Cuando el grupo contemplé
fué tal mi furor insano,
que explicarme no podré
si de la espada tiré
ó ella me saltó á la mano.
Pero mi negra fortuna
de tal modo lo dispuso,
que una nube inoportuna
de repente se interpuso
entre la tierra y la luna.
Los pasos de un hombre siento
que á mi oido trae el viento.—
Ciego entre la sombra avanzo,
y de su sangre sediento
hácia su encuentro me lanzo.
«En guardia!»—le grito fiero,—
»que á mataros he venido!»

y no sé qué fué primero,
si él desnudar el acero,
ó dejarle yo tendido.
Mas como para venir
mi crímen á iluminar,
la luna volvió á lucir,
sentí un caballo trotar
y en él mi rival partir.
Á mis piés un inocente
mi loco furor pagaba,
y al caer sobre su frente
un rayo le iluminaba
que era cual yo delincuente.
Á él me inclino con pavor...
«Piedad,—exclamó—señor!...
—y conteniendo la herida,
dice:—Se me va la vida
y necesito un favor!...
Tengo una hija!... esta cartera.. »
y allí la frase espiró,
quedando de esta manera
la luna en su limpia esfera,
él sin vida y muerto yo!
Me alejé de aquel lugar
llena el alma de amargura,
soñando con encontrar
el desconocido hogar
de la pobre criatura;
y siguiendo ruta extraña
hallé junto á una campiña
que el mar embellece y baña,
dentro de humilde cabaña
á una mujer y una niña.
La mujer absorta estaba:
en la cuna sonriente
la niña me contemplaba
y con mi espada jugaba
aún de su sangre caliente.
Fruto de amor criminal,
su hermano muerte brutal
había dado á la madre,
y yo la dejé sin padre

aquella noche fatal.
Ser su amparo prometí
á Dios desde aquel momento.
Si un padre perdió por mí,
esclavo á mi juramento
un nuevo padre la dí.
Al que hirió la espada mía
era don Pedro de Luna,
yo el matador, y María
la niña que sonreía
aquella noche en la cuna.

MARIA. Padre de mi corazon! (Llorando.)

ESQ. Si en mi cariño y desvelo
hallaste compensacion,
otórgame tu perdon
para que logre el del cielo.

MARIA. No vos, la suerte traidora
causó la desdicha mía,
y por mí, mi padre ahora
desde el cielo donde mora,
hoy el perdon os envía.
Mas solo os ireis de aquí;
pues rotos ya nuestros lazos
un claustro me espera á mí.

FERN. No, que te esperan mis brazos
y mi amor que es para tí.

MARIA. Fernando!... (En sus brazos. Rumor lejano.)

ESQ. Cual él hiciera
hoy por su padre os bendigo:
mientras en tierra extranjera
mi suerte fatal yo sigo?

PUEBLO. Que muera Esquilache! Muera! (Fuera.)

MARIA. Eh! (Se oyen murmullos.)

ESQ. ¿Qué es esto?

FERN. Me olvidé...

MARIA. Toda la calle invadida
por pueblo armado se ve.

FERN. Aunque me cueste la vida
juro que le salvaré!

CORO. Muera! (Dentro.)

MARIA. Jesús! (Sigue el rumor.)

FERN. Maldicion!

ESQ. Dejad que mi suerte siga!
MARIA. Fernando, por compasion!
FERN. La capa, vuestra enemiga,
va á ser vuestra salvacion!
Tomad.
(Se quita la capa y se la pone á Esquilache.)
MARIA. Á tí le confío!
FERN. Ahora seguidme los dos.
ESQ. Hacedla feliz, Dios mio!
FERN. Libre llegareis al rio.
MARIA. Como nos proteja Dios!
(Se van cerrando la puerta tras sí.)

ESCENA XV.

CORO DE PUEBLO, HOMBRES, MUJERES y DAMAS por otro lado.

MÚSICA.

Al fin triunfante
salió el sombrero;
mantos y capas
no cortarán;
y en adelante
un extranjero
nuevas reformas
no intentará.
Que por algo tiene España
en sus armas un leon,
y caprichos de tiranos
no sufre el pueblo español.

ESCENA FINAL.

DICHOS, el MARQUÉS y la DUQUESA. El Marqués da la mano á la Duquesa y se adelantan luégo por su órden. El CORREGIDOR, FERNANDO y MARÍA.

HABLADO.

MARQ. Señores, el rey, clemente,
siguiendo el fallo discreto
de su consejo, el decreto
que se derogue consiente.
Y por faltas á la ley,
que el Consejo ha demostrado,
va Esquilache desterrado
á Nápoles.
CORTS. ¡Viva el rey!
MARQ. Queriendo tambien honrar
á la señora Duquesa,
el rey mismo y la princesa
van su boda á apadrinar.
DUQ. Yo estimo en mucho el honor
con que me han favorecido.
(Abre la puerta de su cuarto.)
Os presento á mi marido.
Salid. (Sale el Corregidor.)
TODOS. El Corregidor!
DUQ. ¿Qué es esto?
FERN. Ruede la bola. (Que llega con María.)
CORREG. (Yo su marido! Pardiez,
gracias á Dios que una vez
acerté por carambola!)
DUQ. (Paciencia! el mal hecho está!)
CORREG. Por tal mujer adorado!...
Yo que creí ser ahorcado!...
MARQ. Pues si os casais, tanto da.
FERN. Tambien hoy fué la fortuna
con nosotros generosa.
Aquí os presento á mi esposa
doña María de Luna.

CORREG. ¿Conque tu amor me concedes?
DUQ. (¿Qué hacer?)
FERN. El que no dispone
la red con maña se expone
á enredarse entre sus redes.
Ahora falta asegurar
la conseguida victoria
que esta página en la historia
de la patria hay que grabar,
y que sepan al jurar
hoy los nuevos consejeros
que el que hollando nuestros fueros
á España oprimir intente,
debe tener muy presente
el motin de los sombreros.

MÚSICA FINAL.

CORO. Esquilache cayó de su altura
por querernos las capas cortar:
con un pueblo que quiere ser libre
jamás puede un tirano luchar.

FIN DE LA ZARZUELA.